

**Jacques Philippe**

# **La confianza en Dios**

Ejercicios espirituales



**m**  
morgan

# Índice con enlaces

## [La confianza en Dios](#)

[Siglas utilizadas](#)

[El autor](#)

[Prólogo](#)

[Introducción \(para la Edición Española\)](#)

[1. Un camino totalmente nuevo](#)

[2. Un ascensor para los pequeñitos](#)

[3. Reconciliarse con la debilidad](#)

[4. Crecer en confianza](#)

[5. La misericordia infinita de Dios](#)

[6. Superar la prueba](#)

[Notas](#)

*«Mi camino es todo él de confianza y amor»  
(Teresa de Lisieux, carta al Padre Roulland [\[1\]](#))*

## Siglas utilizadas

Las siglas utilizadas para las referencias de las obras de Teresa son:

Ms A, B, o C: Manuscrito autobiográfico A, B o C, seguido del número de folio del manuscrito original, y la indicación recto (r<sup>o</sup>) o vuelto (v<sup>o</sup>). En ediciones más recientes de las obras de Teresa, estas indicaciones aparecen insertadas de manera general en el texto y permiten referirse al pasaje citado.

LT Cartas, con el número de la carta, según las *Obras Completas*, Cerf 1992

PN Poesías, con el número de la poesía, según las *Obras Completas*, Cerf 1992

Pri Plegarias, con el número de la plegaria, según las *Obras Completas*, Cerf 1992

CJ Cuaderno amarillo (últimas conversaciones), seguido de la fecha

La mayoría de las citas bíblicas pertenecen a la Biblia de Jerusalén.

## El autor

Jacques Philippe (1947 Lorraine, Francia). Sacerdote. Después de licenciarse en Matemáticas, ejerció varios años como profesor e investigador científico. En 1976 se une a la recién fundada Comunidad de las Bienaventuranzas de Francia. Pasa varios años en Jerusalén y Nazaret, estudiando hebreo y las raíces judías del Cristianismo.

Cursa Teología y Derecho Canónico en Roma, donde en 1981 comienza su labor como director espiritual de sacerdotes y seminaristas de su congregación. Desde 1994 asume la dirección espiritual y el desarrollo de la formación de la Comunidad en su país, así como su representación en el Consejo General.

Predica regularmente Ejercicios Espirituales en Francia y fuera de ella. Autor de espiritualidad reconocido mundialmente, sus libros se han traducido a 18 idiomas.

Entre sus obras se encuentran: *La libertad interior*, *Tiempo para Dios*, *En la escuela del Espíritu Santo*, *Llamados a la vida* y *La Paz interior*.

## Prólogo

Tal vez uno de los términos más utilizados en nuestro tiempo sea el de “seguridad”, pues el miedo y la desconfianza se han instalado en el corazón de millones de personas que piensan en el futuro como un reto insuperable. Nos gustaría saber que nuestra salud, nuestra familia, nuestro dinero, incluso nuestros sentimientos van a estar “asegurados” frente a tantos peligros que se ciernen sobre nosotros. Todos queremos estar protegidos, tanto a nivel social como en nuestra dimensión más íntima, y para ello contratamos seguros de empresas o profesionales que prometen garantizarnos un bienestar más que dudoso. No podemos olvidar que en nombre de la paz y de la seguridad internacional se llegaron a desarrollar sistemas de armamento absolutamente destructores que pusieron a la humanidad al borde de la completa catástrofe y que han marcado la sensibilidad de toda una generación. También en nombre de la seguridad interior muchas personas de buena voluntad han caído en terribles dependencias psicológicas o farmacológicas que nunca terminan de resolver nada, pues el miedo sigue reinando en los corazones. Son innumerables los individuos que hoy en día padecen horribles crisis de ansiedad y de angustia sin ningún motivo aparente, pues nuestro estilo de vida nos hace esclavos de unas necesidades “innecesarias” que al faltarnos provocan en nosotros fobias y miedos desconocidos. Todos nos preguntamos en quién podemos depositar nuestra confianza sin saber dar una respuesta adecuada.

Pero no hemos de tener ninguna vergüenza a la hora de aceptar que es propio del ser humano hallarse débil y dependiente, pues la primera de las bienaventuranzas cristianas consiste precisamente en reconocer que somos pobres en el espíritu, es decir, que tenemos carencias y debilidades que nos pueden acompañar siempre. A todos nos gustaría dar ante los demás una imagen de suficiencia y madurez que no se corresponde con nuestra realidad interior, ya que una cosa es lo que somos y otra lo que parecemos. Nos encantaría tener un control completo de todas las situaciones difíciles que se nos presentan, sin darnos cuenta de que no somos dueños de nuestro futuro y de que hay ciertas realidades que nos superan, porque somos barro de la tierra; es más, el problema real surge cuando no tenemos capacidad de convivir con nuestros miedos y eso hace que crezcan de día en día hasta convertirse en verdaderos tiranos que limitan y dificultan nuestras tareas cotidianas. Pero nuestros miedos nos definen, ya que por medio de ellos conocemos cuáles son las cosas que más tememos perder, y por tanto dónde está puesto nuestro corazón, cuál es el tesoro que más valoramos.

Precisamente porque Dios nos conoce mejor que nosotros mismos, la Sagrada Escritura está llena de invitaciones a superar desde la fe ese miedo interior. Es Jesús resucitado el que se presenta a sus discípulos invitándolos a tener paz interior, pues la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte es algo que nos afecta a todos plenamente; también hoy la fuerza del Resucitado llega a los corazones y los transforma como lo hizo en la primera hora de la Iglesia. “No tengáis miedo”, dice constantemente el Señor a todos aquellos que le escuchan y le siguen a lo largo de los siglos.

En definitiva, la confianza en Dios es el antídoto que Jesucristo propone a sus discípulos de todos los tiempos. Este fue el secreto de los mártires, de los misioneros, de tantos santos y héroes anónimos cristianos que nunca se dejaron arrastrar por la inseguridad personal ni por un miedo que, por supuesto, visitó su corazón como también visita el nuestro.

Pero el problema, lo sabemos bien, está en comprender en qué consiste exactamente la confianza en el Señor, pues decirlo es fácil, pero vivirlo es ya otra cosa. En estas páginas quedan recogidas las meditaciones que no hace mucho tiempo el Padre Jacques Philippe propuso en un retiro a un pequeño grupo parroquial que desde hace años se ha enriquecido con sus enseñanzas. Son cientos de miles los lectores que conocen sus libros ya publicados y que testimonian cómo el Espíritu Santo se ha servido de ellos para transmitir una vivencia más profunda y auténtica de la fe. En esta ocasión, tomando como fuente de inspiración la Sagrada Escritura bajo la certera interpretación de Santa Teresita del Niño Jesús, el autor nos invita a recorrer la senda, más bien el “pequeño camino”, de la sencillez y la infancia espiritual para experimentar esa confianza en el Señor que no acabamos nunca de encontrar. Puede parecer un contrasentido, pues son los mayores los que dan seguridad a los niños, pero no podemos olvidar la rotunda afirmación del Maestro en la que nos asegura que si no volvemos a ser como niños no podremos alcanzar el Reino de los Cielos. Este es el secreto que Santa Teresa de Lisieux vuelve a revelar al mundo con una fuerza y claridad excepcionales. Un secreto, una fórmula que habíamos olvidado, pues pensábamos que la virtud o la perfección

personal era el único camino para salir adelante en nuestras limitaciones.

Tal vez para muchos todavía la santa de Lisieux sigue siendo una gran desconocida, pues aunque hayan leído sus obras se les puede antojar trasnochada, por no decir un poco cursi. Nada más lejos de la realidad, pues Santa Teresita es probablemente una de las santas más carismáticas e intuitivas de la historia de la Iglesia, al recuperar de un modo extraordinario la frescura evangélica de la primera hora del cristianismo, cuando los discípulos de Cristo vivían absolutamente de la confianza en la providencia divina en un momento de terrible incomprensión y dificultad, pues abrazar la fe suponía ni más ni menos que perder, literalmente, la vida por el Nazareno. Nombrada recientemente doctora de la Iglesia, en sus enseñanzas y en su intercesión encontramos los creyentes la posibilidad de recuperar la completa seguridad en el amor que Dios profesa por cada uno de nosotros, en unos tiempos difíciles –¿cuáles no lo han sido?–, en los que parece que no somos capaces de confiar en nadie, pues son muchas las decepciones que hemos ido acumulando.

Con la lectura de esta obra somos invitados a vivir una aventura que puede cambiar nuestra vida: la práctica de la confianza en Jesucristo. Porque el Espíritu Santo se sirve de instrumentos como este, que son los canales por los que ha dispuesto derramar su gracia transformadora. Así es la pedagogía divina: comenzar a confiar en un sencillo libro para después confiar en cosas más grandes.

Jesús Higuera

## Introducción (para la Edición en castellano)

Este libro es la transcripción del retiro que prediqué en una parroquia cercana a Madrid el primer fin de semana de octubre de 2010, en la proximidad de la fiesta litúrgica de santa Teresa de Lisieux.

He querido presentar lo esencial del mensaje de esta joven religiosa, fallecida a los 24 años de edad, a quien Juan Pablo II proclamó doctora de la Iglesia en 1997. Explicar en qué consiste este «caminito totalmente nuevo» o «camino de confianza y amor» [2], que Teresa descubrió, vivió, y a posteriori transmitió a las novicias a su cargo en el Carmelo de Lisieux. Ella presintió que, más allá de este pequeño círculo, Dios quería desvelar este camino a una legión de «almas humildes», de personas frágiles y débiles, para guiarlas hasta la cumbre más alta del amor [3].

Poco antes de su muerte, Teresa tuvo la sensación de que una gran labor póstuma la esperaba: *«Presiento que voy a entrar en el descanso... Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra»* [4].

La extraordinaria difusión de la enseñanza de Teresa, que continúa hoy, demuestra que este deseo de la joven carmelita no fue una mera ilusión, sino que correspondía a la sabiduría del Padre, que *«oculta sus secretos a los sabios e inteligentes y se los revela a los más humildes»* [5], y que,

tanto en este ámbito como en otros, Dios iba a «*colmar otros deseos míos más grandes que el universo*» [6].

Jamás imaginé que las seis enseñanzas transmitidas durante un fin de semana en Madrid pudieran ser objeto de publicación. Pero *Ediciones Cristiandad* me ha pedido poder editar las conferencias. Sin tener la posibilidad de llevar a cabo un trabajo de redacción exhaustivo, simplemente he retomado los registros de las conferencias, con vistas a efectuar una depuración mínima del estilo, precisar o completar determinados puntos, y añadir referencias y citas útiles.

Obviamente el resultado no es perfecto, el texto mantiene un favorecedor estilo oral en vez del estilo propio de toda publicación, presenta repeticiones e incisos. Sin embargo, podrá ayudar a algunas personas y proporcionarles el deseo particular de profundizar en el mensaje de la joven carmelita de Lisieux, algo que, desde mi punto de vista, es de una importancia capital para la Iglesia y la sociedad actuales.

En un mundo frágil y herido como el nuestro, donde todavía el Espíritu Santo nos hace recordar con fuerza la llamada a la santidad dirigida a todos los cristianos y la aspiración a vivir el Evangelio en profundidad, pienso que no existe mejor camino que el que nos propone la santa de Lisieux, este camino de confianza y amor.

La mejor forma de usar este libro es sin duda la que reside en la intención primera de su origen: tomarlo como guía para el retiro. Destinar, por ejemplo, una semana a ello, leyendo cada día un capítulo, y dedicando tiempo a continuación para meditarlo, relejendo en la oración los textos citados, preguntándose a uno mismo cómo pueden iluminar nuestra propia vida, y qué invitaciones del Señor se nos transmiten a través de los mismos.

# Capítulo 1

## Un camino totalmente nuevo

Se me ha pedido que os hable de la confianza. Vivimos en un mundo complicado, y en ocasiones cargamos, por razones diversas, con el peso de las preocupaciones. Por eso, es importante para nosotros crecer en la confianza, pedirle al Espíritu Santo la fuerza de la fe para afrontar lo que nos toca vivir en el mundo de hoy.

Al inicio de este retiro presiento con fuerza que Dios todopoderoso desea crear un nuevo pueblo para colmarlo de la fuerza del Espíritu Santo, un pueblo que dará mucho fruto para gloria de Dios, para el anuncio del Evangelio y para el bien de toda la humanidad. Pero este pueblo es un pueblo de gentes humildes y pobres, dado que la verdadera fuerza de Dios no solo reside en la fuerza humana y las capacidades físicas, psíquicas e intelectuales, aunque sean, por supuesto, necesarias. Es una fuerza que se desarrolla en la debilidad del hombre, como dijo san Pablo [\[7\]](#), y creo que durante este retiro estamos invitados a dejarnos visitar en nuestra humildad, en nuestras miserias y debilidades para recibir una fuerza nueva: la de la confianza y la fe.

La Iglesia está atravesando tiempos difíciles, y tales dificultades no son exactamente las mismas en Francia, España o Pakistán, aunque todos tenemos que afrontar cierto combate espiritual. Ahora más que nunca, el Señor quiere transmitirnos su Espíritu Santo, el Espíritu que nos socorre de nuestra debilidad, según la admirable expresión de la Carta a los Romanos. El Espíritu es quien nos enseña a

rezar, nos introduce en una relación justa con Dios, nos enseña a creer, esperar, amar. Y estoy plenamente convencido de que el Señor quiere hacer cosas bellas en nuestros corazones durante estos días. Un retiro de fin de semana puede parecer corto, pero si vivimos este tiempo en oración y abriendo nuestro corazón a la Palabra de Dios, hará maravillas en cada uno de nosotros.

El retiro constará de dos partes: en la primera, leeré y comentaré con vosotros algunos textos de Teresa de Lisieux [8], dado que esta santa ha sido bendecida con el don particular de enseñarnos a confiar como los niños. Habiendo sido ayer su onomástica, esta noche rezaremos para encomendarnos a ella [\*]. Entonces, compartiré con vosotros algunas de las intuiciones recibidas por Teresa, que son muy valiosas para nosotros hoy. En la segunda parte del retiro, de menor duración, describiré cómo poner en práctica esta confianza ante las dificultades y pruebas de la vida. Es muy fácil tener confianza cuando las cosas van bien, pero cuando todo va mal ¡es francamente difícil! No obstante, es necesario practicarla igualmente; veremos cómo hacerlo, de una manera que espero que sea lo bastante precisa. Asimismo, os pido que recéis por mí, para que encuentre las palabras adecuadas.

Teresa de Lisieux, la «pequeña Teresa», posiblemente sea menos conocida en España que la «gran Teresa», Teresa de Ávila, a pesar de ser una digna sucesora de la célebre reformadora del Carmelo, cuyo mensaje espiritual es realmente actual, algo fundamental para el mundo de hoy. Sin haber cursado estudios de teología, fue proclamada doctora de la Iglesia por el Papa Juan Pablo II, el 19 de octubre de 1997, año del centenario de su defunción. Este nombramiento fue anunciado durante el transcurso de las

Jornadas Mundiales de la Juventud de París, donde las reliquias de Teresa estaban presentes. Lo que significa que todos estamos invitados, y especialmente los jóvenes, por la voz más oficial de la Iglesia a participar de su escuela.

No quiero profundizar en la vida de nuestra santa, ya que sería demasiado extenso. Sabéis que su niñez transcurrió en Alençon y después en Lisieux, y que esta infancia estuvo fuertemente marcada por el sufrimiento. Perdió a su madre [9] a los 4 años de edad, de cáncer de pecho, hecho que la traumatizó; este luto se vio agravado enseguida por una serie de separaciones, hasta desembocar en una grave enfermedad, a la edad de diez años, de la que fue sanada por la sonrisa de María. Estas pruebas no impidieron, sin embargo, que Teresa desarrollara una gran fe y un profundo amor de Dios. Tras el restablecimiento de su fragilidad afectiva a los 14 años de edad, durante la Nochebuena de 1886 recobró su fuerza interior, lo que le permitió ingresar en el Carmelo, como deseaba, a la edad de 15 años. Falleció muy joven, enferma de tuberculosis, a los 24 años, el 30 de septiembre de 1897.

Tras su pérdida, como venía siendo costumbre en los carmelos, se publicó una «nota necrológica» cuya base se extrajo de las memorias autobiográficas de Teresa (redactadas por solicitud de sus superiores), tituladas *Historia de un alma*. Este libro tan impresionante tuvo un éxito fulminante e inesperado, difundiéndose rápidamente por todo el mundo. El número extraordinario de favores recibidos implorándola también favoreció la fama de Teresa. Por ejemplo, durante la guerra de 1914-1918, cuando todavía no estaba canonizada (no lo fue hasta 1925) numerosas personas, soldados, entre otros, recibieron su gracia de protección tras habersele encomendado. Uno de

mis tíos, misionero entre los esquimales del gran norte de Canadá, me contó que esta misión era un fracaso total: justo cuando estaban a punto de abandonar, el obispo encargado de la misión viajó hasta Lisieux, recogió arena de la tumba, la esparció por tierras canadienses, y desde ese preciso momento se sucedieron numerosas conversiones. Podría relataros miles de ejemplos de este tipo; de hecho en los archivos del Carmelo encontraréis multitud de ellos.

De tal manera se popularizó que encontramos estatuas suyas en Nueva Zelanda, Brasil, la China profunda... Fue canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío IX ante quinientas mil personas, y, lo más sorprendente, fue proclamada doctora de la Iglesia por Juan Pablo II. Todo esto significa que, a ojos de la Iglesia, se había convertido en el principal referente para ayudarnos a comprender y practicar el mensaje del Evangelio en la actualidad.

Su estilo particular, propio del siglo XIX, puede no gustar a todo el mundo, pero sus escritos desprenden una veracidad y una fuerza extraordinarias. Juan Pablo II dijo que Teresa nos ayuda a redescubrir el corazón del Evangelio, la ternura de Dios Padre y el camino al cual hemos sido llamados para convertirnos y ser niños ante Dios. *«De Teresa de Lisieux podemos decir con total convicción que el Espíritu de Dios ha permitido que su corazón revele directamente, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, el misterio fundamental, la realidad del Evangelio: el hecho de haber recibido realmente “un espíritu de hijos adoptivos que nos ha hecho exclamar: ¡Abba! ¡Padre!”. El “caminito” es el camino de la “santa infancia”. En este camino hay algo único, el genio de santa Teresa de Lisieux. Y al mismo tiempo se encuentra la confirmación y la renovación de la verdad más fundamental y más universal. ¿Acaso hay realmente una verdad del mensaje*

*evangélico más fundamental y universal que esta: Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos?» [10].*

Escucharemos en el evangelio de la misa de hoy [\*\*] palabras muy fuertes de Jesús: si no os convertís, si no cambiáis para volver a ser como niños, ¡no entraréis en el Reino de los Cielos! [11]. Existe pues una necesidad absoluta de transformación interior para llegar a ser «pequeño como un niño». Lo que esto significa, y cómo practicarlo en concreto, es precisamente lo que Teresa nos muestra de una manera clara y sencilla, y es la razón por la que ha sido proclamada doctora de la Iglesia.

Durante estos dos días compartiré con vosotros las reflexiones más simples a este respecto, pero muy valiosas para la vida cotidiana, pues nos ayudan a redescubrir el Evangelio como una *buena nueva*. El Evangelio no es una ley que nos oprime. Alguna vez hemos podido caer en la tentación de pensar que los que no son cristianos están más tranquilos que nosotros y hacen lo que quieren, mientras que nosotros ¡tenemos que cumplir una lista de mandamientos! Es una visión de las cosas meramente superficial. Personalmente, una de mis mayores preocupaciones es que el Evangelio se presente siempre como una buena nueva, una feliz noticia, que nos llene el corazón de alegría y consuelo. La enseñanza de Jesús es por supuesto exigente, pero Teresa nos ayuda a percibirla realmente como una buena nueva, puesto que para ella el Evangelio no es otra cosa que la revelación de la ternura de Dios, de la misericordia de Dios con cada uno de sus hijos, y señala las leyes de la vida que llevan a la felicidad [12]. El centro de la vida cristiana es acoger con reconocimiento la ternura y la bondad de Dios, la revelación de su amor misericordioso, y dejarse transformar por dicho amor.

Empezaré leyendo un texto de Teresa, extraído de su autobiografía, donde ella describe lo que ha sido su principal intuición espiritual, el descubrimiento de lo que ella llama el «caminito». Teresa era consciente de haber percibido de manera bastante profunda la verdad del Evangelio, y deseaba comunicarla. Lo hizo a sus hermanas más cercanas en el Carmelo, particularmente a las novicias que su superiora le puso a su cargo. Esta comunicación sucedió durante su vida, un tiempo ciertamente limitado, pero tras su fallecimiento su doctrina experimentó una difusión extraordinaria. Poco antes de morir pronunció estas palabras que todos conocéis: «*Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra*» [13]. Esto es lo que ella hace hoy por hoy, lo que hará por cada uno de nosotros, si nosotros se lo pedimos: enseñarnos su caminito, hacernos amar al buen Dios como ella lo ha amado.

Entonces, ¿qué es este caminito? Es el itinerario espiritual tomado por Teresa, un auténtico camino de santidad, un camino con cabida para todos, hecho de tal manera que nadie puede desanimarse, ni los más humildes, los más pobres o los más pecadores. Para que todos puedan descubrir un camino de vida, de conversión, que le sea posible. Teresa anticipa así el Concilio Vaticano II que afirma con seguridad que la santidad no es un camino excepcional, sino una llamada para todos los cristianos, de la que nadie debe ser excluido. Hasta el más vulnerable y miserable de los hombres puede responder a la llamada a la santidad.

Este camino de Teresa aparece en sus escritos bajo diversos términos. A menudo utiliza «caminito», como en el texto que vamos a leer a continuación. También habla del «camino de confianza y amor», del «camino de la confianza sencilla y amorosa» [14].

Vamos a leer y comentar un pasaje de su autobiografía, en el que narra el descubrimiento de dicho camino; se entiende que de manera progresiva, pues el texto que vamos a leer resume la dinámica esencial de esta experiencia espiritual. Se encuentra en el manuscrito C [\[15\]](#), escrito en 1897, el año de la muerte de Teresa.

Teresa escribe a quien era su superiora en ese momento, la madre María de Gonzague, quien la había autorizado para que continuara con sus memorias (sugerido por su hermana mayor), pidiéndole que el manuscrito le fuera remitido.

Éste es el pasaje:

*«Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo. Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas*

*de la boca de la Sabiduría eterna: El que sea pequeñito, que venga a mí. Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responda a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré. Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más. Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias» (Ms C, 2vº 3rº).*

Vamos a comentar este pasaje tan fecundo frase por frase. Teresa comienza con estas palabras: *«yo siempre he deseado ser santa»*:

Y es cierto; Teresa deseaba ser santa desde niña. En una ocasión, ya en el Carmelo, se vio contrariada por uno de sus confesores, un padre jesuita, al decirle: ¡quiero convertirme en una gran santa como Teresa de Ávila! Percibiendo en esta expresión cierto grado de orgullo, el buen padre la reprendió diciéndole que debía contentarse con ser una buena religiosa. Pero lo que el padre había considerado como pretencioso no era más que el deseo de responder con firmeza a la llamada del Evangelio («Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» [16]), basada en la confianza de que Dios no exige nada imposible. ¡Y se puede constatar que ella lo logró! Sin embargo, lo importante es comprender cómo lo consiguió...

Recordemos que Teresa deseaba ser santa, no por vana ambición o gloria sino para amar a Dios tanto como fuera posible amarlo, y esto es lo que hizo según el Evangelio. Deseaba también ser útil a la Iglesia y sentía que la única manera de serlo era dirigir todos sus esfuerzos hacia la santidad. Pero... ¡había un «pero»!

*«Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar» (Ms C, 2v<sup>o</sup>).*

Teresa se percató enseguida de que su sueño era imposible. A pesar de su buena voluntad y sus ardientes deseos, reconoció rápidamente sus límites, y tuvo el sentimiento de que ese deseo de santidad era inaccesible, irrealizable. Que entre ese ideal de santidad y lo que ella podía hacer por sí misma había la misma distancia que entre la cumbre de una gran montaña y un grano de arena del suelo. Cabe mencionar que en los tiempos en los que vivió nuestra carmelita, a finales del siglo XIX, todavía había cierta tendencia a identificar la idea de santidad con la de la perfección fuera de lo común, de empresas heroicas, de virtudes extraordinarias, etc. Teresa sentía una distancia insalvable entre este modelo y lo que ella era en su vida diaria. Sus palabras deben tomarse en serio. Se enfrentó a una dificultad real y pasó sin lugar a dudas por una terrible crisis interior.

¿Cuál es la tentación en este tipo de situación? El desánimo: nunca lo conseguiré. ¿Cómo reaccionó Teresa? A continuación lo vemos:

*«Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad» (Ms C, 2vº).*

Nos encontramos ante una de las mejores facetas de la personalidad espiritual de Teresa, su gran sencillez, su confianza en Dios: Si Dios ha sembrado en mí este deseo –y este deseo hace tiempo que habita en mí, razón por la que ingresé en el Carmelo– debe de hacerse realidad. Este deseo siempre ha estado en mí, no puede ser incierto. Pues Dios es justo en todos sus caminos.

Esta es una de las paradojas en la vida de Teresa: por un lado, numerosas debilidades psicológicas, grandes sufrimientos, pero siempre, sin embargo, por otro lado, grandes deseos.

Para no idealizar a Teresa, recordemos cómo era a los catorce años, antes de su gracia de curación en la Navidad de 1886. Era una chica muy inteligente, a pesar de que su escolarización no fue normal, al no lograr adaptarse al ambiente de la escuela benedictina en la que estudiaba. Era hipersensible, extremadamente dependiente de los demás, con una gran necesidad de reconocimiento. Cuando terminaba un servicio cualquiera como, por ejemplo, regar las flores, que nadie se lo agradeciese ni lo tuviera en cuenta era para ella una tragedia. Si llegaba a sentir pena por un ser querido, lloraba, y, como ella misma reconoció, después *«lloraba por haber llorado»* [17]. *«Debido a mi extremada sensibilidad era verdaderamente insoportable»*. Ella se encontraba en un *«estrecho círculo en el que yo daba vueltas y vueltas sin acertar a salir»* [18]. Y, a la vez, su vida de oración era muy profunda así como su verdadero deseo de

santidad. Para desbloquear la situación, por así decirlo, en la Navidad de 1886 tuvo que recibir esta gracia de la que os hablaré brevemente, invitándoos a leer los bellos pasajes [\[19\]](#) donde se la menciona.

En resumen, tras la comunión de la misa de medianoche, el Señor inspiró en Teresa un acto de valentía para superar su hipersensibilidad. Como a la menor de las hijas Martín todavía se la trataba como a una niña, en Navidad se colocaron los regalos en la chimenea y todo lo demás. El papá, el sr. Martín, a pesar de su debilidad por Teresa, empezaba a estar algo cansado de todo aquello, dejando caer el siguiente comentario: «¡Menos mal que es el último año!». Al oírlo, Teresa se sintió profundamente herida; estuvo tentada a reaccionar como de costumbre, llorar como una chiquilla, pero si lo hacía arruinaría las Navidades de la familia. Ella cuenta que recibió la gracia en ese momento, lo que es posible interpretar de la manera siguiente. Es como si Dios le hubiera hecho comprender: «¡Ahora se acabó!». Recibió una especie de intuición, como una llamada del Espíritu Santo: «No, Teresa, se acabaron las chiquilladas, ¡no puedes dejarte llevar y estropear las navidades a los demás!». No es exactamente lo que dice el texto, pero creo que es el sentido. Por tanto, cumpliendo un acto de valentía, hizo como si no hubiera ocurrido nada, se mostró alegre, contenta, abrió sus regalos riendo, dando las gracias y, sorprendentemente, se curó en ese mismo instante. Ella misma dijo que recobró la fuerza del alma, que había perdido con cuatro años de edad tras la muerte de su madre, ese gran trauma que era la raíz de todas sus debilidades afectivas. En adelante, pudo ingresar en el Carmelo y asumir su vida de manera admirable y valerosa, emprender una «*carrera de gigante*», según sus propias palabras.

Os digo esto para haceros comprender lo siguiente: a través de acontecimientos insignificantes, Dios puede sanarnos profundamente. A veces sentimos como una llamada del Señor para salir de nosotros mismos, para dar un paso adelante, para hacernos más adultos, más libres. Hay momentos de la vida en los que nos damos vueltas a nosotros mismos sobre nuestra inmadurez, nuestras quejas, nuestros lamentos, nuestras dependencias y de repente un día se nos da la gracia, que es un don de Dios, pero que apela también a nuestra libertad. Hay una elección que hacer; se trata de una curación y conversión a la vez: la libertad debe optar por llevar a cabo un acto de valor. Cuando realizamos un acto de valor, aunque sea para algo insignificante que Dios nos pida, esto puede llevarnos a una curación profunda, a una nueva libertad que nos es concedida por Dios.

Esta es una buena pregunta para plantearse durante este retiro. Todos necesitamos curarnos, para ser más adultos en la fe, para llevar con valor el combate que tenemos que realizar en la Iglesia de hoy. Ser cristiano en nuestros días no es fácil. Recibimos este coraje y esta fuerza si somos capaces de decir sí a lo que Dios nos pide hoy. Hagámosle pues esta pregunta a Dios: ¿Cuál es el sí que me pides hoy? ¿Cuál es el pequeño acto de valentía y confianza que me pides que haga hoy? Y si lo llevo a cabo, experimentaré que tu gracia me visitará y me tocará profundamente.

Estoy convencido de que muchos de vosotros este fin de semana vais a recibir una nueva fuerza de Dios. La puerta por la que esta fuerza accede a nosotros es decir sí al Señor, a cualquier cosa que nos pida, tanto para algo insignificante como más importante, según lo que Él nos haga entender. Hagámosle esta pregunta a Dios desde nuestros corazones: ¿Qué sí me pides hoy, qué acto de confianza, qué pequeña

conversión, que será la puerta abierta a una visita del Espíritu Santo?

No quiero insistir más en lo comentado arriba, pero creo que es importante. Hablaremos de ello en la segunda parte. Cerremos el paréntesis y retomemos el comentario de nuestro texto.

Hemos visto a la pequeña Teresa ante esta dificultad: desea ser santa, pero la santidad está más allá de sus capacidades concretas: No puedo conseguirlo; estoy tentada de abandonar. Sin embargo no lo haré; no abandonaré, puesto que Dios no pide imposibles.

Querría aprovechar para evocar un hecho de la vida de Teresa. En el momento de su primera comunión, con once años, Teresa tomó tres resoluciones, que, en mi opinión, pueden ser muy buenas para nosotros también. La primera: lucharé contra mi orgullo (Veremos un poco más adelante lo que significa en la práctica, cuando hablemos de la humildad). La segunda resolución es la de encomendarse todos los días a la Virgen Santa rezando el «Acordaos» [20]. ¡Esto también es bueno! La tercera, y quizás la más importante: ¡jamás me desanimaré!

Ella, pues, no se desanima, principalmente porque confía en que sus deseos vienen de Dios, que es justo y no podría inspirar deseos irrealizables.

El camino hacia la santidad es, por tanto, verdaderamente posible, pero se trata de descubrir cómo:

*«Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones» (Ms C, 2v<sup>o</sup>).*

Podríamos pensar en una solución, pero que Teresa excluye: «ser más grande». No puedo cambiarme a mí misma, debo aceptarme como soy con todos mis defectos. No

se puede cambiar, se pueden hacer pequeños esfuerzos, pero solo Dios puede cambiarnos realmente.

Abro un paréntesis, hay algo que también deberíamos entender: ¡no podemos cambiar a los demás en absoluto! A veces nos obcecamos en mejorar a los demás; es preferible aceptarlos como son [21]. Y entonces un pequeño milagro sucederá: cuando se les acoge tal y como son, entonces empiezan a cambiar. Es un pequeño secreto para las familias, las parejas, comunidades, pero cierro el paréntesis.

Por lo tanto la solución no es ser más grande, ya que no podemos hacerlo. Es necesario encontrar otro recurso. ¿Cuál? Vamos a iniciar la búsqueda, alentados por el Evangelio que afirma: ¡El que busca encuentra!

*«Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo» (Ms C, 2v<sup>o</sup>).*

Teresa no está dispuesta a aceptar cualquier solución a su problema. Lo que desea, en primer lugar, es un caminito *muy recto*. No quiero tener que realizar mil actos difíciles; ¡necesito acciones sencillas, que lleven directamente al objetivo! Un camino *muy corto*: no quisiera perder el tiempo; quiero llegar rápidamente al resultado, a la santidad.

Advirtamos, sin embargo, que para acceder a la santidad se requiere efectivamente cierto grado de paciencia. San Serafín de Sarov dijo, para invitar a uno de sus delegados a esta paciencia, que «la santidad no es una pera que se coma en un día». Pero es cierto que debemos aspirar a encontrar el camino más rápido posible, a través del cual podamos avanzar sin perder tiempo ni energía en vano, y que vaya a lo esencial.

Un caminito *totalmente nuevo*. ¡Es el adjetivo más sorprendente! ¡No le falta osadía a esta joven, chica de apenas veinte años de edad que pretende encontrar un camino nuevo hacia la santidad después de casi dos mil años de cristianismo! Un itinerario nuevo para ir al cielo... ¡es cuanto menos audaz! ¿Cómo ha aceptado esto la Iglesia? ¿Acaso los teólogos que se han proclamado en favor del doctorado de Teresa han leído bien este texto?

Intentemos entender en qué aspectos es nuevo el camino que nos propone Teresa. Lo es en diversos puntos.

Yo diría en primer lugar que simplemente redescubre el Evangelio en su frescura, su originalidad, y el Evangelio es siempre nuevo. Siempre es una buena nueva, una nueva luz. Nosotros nos encerramos en nuestras costumbres, nuestras rutinas y faltas de confianza, nuestras aspiraciones flexibles, nuestras indiferencias y, frente a esto, el Evangelio es siempre una palabra nueva.

Esta mañana hemos cantado un salmo que empieza con estas palabras: «Cantad al Señor un cántico nuevo». Algunos salmos empiezan así. Es sorprendente: de hecho se trata siempre del mismo salmo, ¡con las mismas palabras que nosotros repetimos! Pero, cantado por amor, es siempre nuevo, puesto que el amor no cesa de renovarlo todo. Jamás se deja de amar. El Espíritu Santo puede renovar el amor todas las mañanas en nuestros corazones, así como la fe y la confianza. El camino descubierto por Teresa es volver a la novedad del Evangelio con respecto a nuestras mentes limitadas, nuestros límites humanos, nuestros prejuicios permanentes y nuestras durezas de corazón. El Evangelio siempre es nuevo, siempre abre nuevas perspectivas, caminos nuevos e imprevisibles. Nunca terminaremos de descubrir la novedad del Evangelio, puesto que nunca

terminaremos de descubrir la riqueza siempre nueva del amor y de la misericordia de Dios.

El segundo sentido que indica lo novedoso en este camino hace referencia a las mentalidades con las que Teresa se enfrentó, incluso en su Carmelo. Había numerosos elementos buenos en la piedad de las religiosas con las que compartía su vida, pero también ciertos rasgos persistentes de jansenismo, dificultad para percibir la bondad de Dios, una gran insistencia sobre su justicia, la severidad de sus exigencias y, como ya he indicado más arriba, una tendencia a confundir la santidad con ciertas manifestaciones extraordinarias, que en ocasiones están presentes en la vida de ciertos santos (milagros, éxtasis, penitencias rigurosas, grandes empresas heroicas...), pero que no constituyen la esencia de la santidad. Lo que favorecía una tendencia a excluir de la santidad lo que nosotros podríamos llamar «gente común», los pobres y los humildes en particular.

Teresa posee el don de mostrarnos una visión concreta de lo que es la santidad, no la representación que nos hayamos podido fabricar a veces, sino la que Dios nos propone realmente en el Evangelio, que es accesible a todo el mundo. Como dijo Pablo en la carta a los Efesios, todas las personas encuentran en Cristo un «acceso al Padre en un mismo Espíritu» [22].

El camino de Teresa es nuevo también en un tercer sentido: para nuestra santa representa una fase nueva de su vida, un cambio de perspectiva, un tipo de revolución interior que ha sido considerablemente liberadora. Durante mucho tiempo Teresa tuvo miedo de que sus debilidades e imperfecciones disgustaran a Dios y le alejaran de Él; cargó con el gran peso de las preocupaciones al respecto, sobre todo durante sus primeros años en el Carmelo, que

estuvieron marcados por grandes crisis interiores y una vivencia extrema de sus límites. En un momento dado se percató, durante una confesión con un padre capuchino [23], de que era precisamente lo contrario, que sus «errores no le daban pena a Dios todopoderoso» y que su humildad atraía el amor de Dios, lo mismo que un padre se conmueve con las debilidades de su hijo y lo ama todavía más desde el momento en que percibe su buena voluntad y su amor sincero.

Teresa establecerá ahora una comparación que la ayudará a descubrir este famoso «camino totalmente nuevo»:

*«Estamos en un siglo de inventos, ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera, en las casas de los ricos un ascensor la suple ventajosamente» (Ms C, 2v<sup>o</sup> 3r<sup>o</sup>).*

Se acababa de inventar el ascensor. Como sabéis, Teresa realizó un peregrinaje a Italia con su padre y su hermana Celina, peregrinaje organizado por las diócesis de Normandía para apoyar al papa León XIII, cuando el papado acababa de ser destituido de los Estados pontificios. Aproximadamente doscientas personas acudieron al peregrinaje, de las cuales setenta y tres eran eclesiásticas. El objetivo principal de Teresa era pedir permiso al Santo Padre para ingresar en el Carmelo con 14 años, aunque tal pretensión fracasó. Pero, por otro lado, el único gran viaje de su vida fue para el futuro enclaustramiento extremadamente rico de enseñanza. Fue allí donde descubrió su vocación a rezar en particular por los sacerdotes. Ella los trataba desde hacía tiempo y los idealizaba; vivir cuatro semanas en contacto con ellos la hicieron comprender *«que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos»* [24]. El grupo

visitó grandes ciudades italianas (Milán, Roma, etc.) y en los grandes hoteles donde se hospedaron, provistos de ascensores, Teresa se divirtió mucho con Celina con este invento tan cómodo y que aún no había llegado a Lisieux.

Prosiguió:

*«Quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección» (Ms C, 3rº).*

¿Dónde encontrar este ascensor? ¿Dónde podría buscarlo Teresa? En la Biblia. Esto es un punto destacado. En casa de Teresa siempre hubo una gran pasión por la Sagrada Escritura. Todas las luces que han guiado su camino, todas sus grandes intuiciones espirituales las descubrió en las Escrituras. Cada vez que se sentía un poco preocupada por alguna cuestión en la Biblia hallaba la respuesta. Recibió iluminaciones asombrosas que le permitieron una comprensión exhaustiva de las Escrituras. Sobre este punto también nuestra santa anticipa el Vaticano II, que insistió con mucha fuerza para que todos los que somos buenos católicos volvamos a la Biblia. No es un privilegio de los protestantes, todos los creyentes deben alimentarse indiscutiblemente de la Escritura. Es especialmente vital hoy en día; y debemos pedir esta gracia a Teresa. Estamos en un mundo en el que impera la confusión, así como los mensajes contradictorios. Solo hay que encender la radio para comprobarlo. Según la frecuencia de onda en la que caigamos, dicen una cosa o todo lo contrario. Estamos sometidos a un bombardeo permanente de mensajes de todo tipo, y solo la Palabra de Dios, transmitida de manera privilegiada por la Escritura, posee la profundidad, la claridad y la autoridad necesaria para ayudarnos a

reencontrarnos. Solo la Biblia nos permite descubrir la verdad, no como una verdad abstracta sino como una presencia de Dios en nuestras vidas que de manera muy concreta se nos ofrece todos los días.

Es cierto que la Escritura es a veces incomprensible, difícil de interpretar. Y no es menos cierto que si diariamente dedicamos al menos diez minutos a su lectura, a meditarla, orarla, que es lo que hacen hoy muchos cristianos afortunadamente, la Escritura nos hablará al corazón. No hay que dejar pasar un día sin tomarse unos minutos para leer y orar con un texto bíblico, las lecturas del día por ejemplo, o rezar un salmo. Esta fidelidad será ampliamente recompensada; de vez en cuando tendremos una experiencia muy bella: aquel verso que precisamente nos parecía complicado, o que habíamos oído mil veces sin que nos dijera nada en particular, de repente se llena de una luz nueva. Y exclamamos: ¡Estas palabras han sido escritas exactamente para mí! ¡Así es como debo vivir y no de otra manera!

Hay como una evidencia y al mismo tiempo una fuerza que me son entregadas, y percibo que esta palabra es la luz que debe guiarme hoy, y que poniéndola en práctica recibiré la vida, avanzaré de manera constructiva y positiva.

Esta experiencia espiritual sencilla que consiste en experimentar la Sagrada Escritura como una luz para mi camino de hoy que da valor y fuerza –pues la Escritura posee una autoridad que ninguna palabra o razonamiento humano tiene–, es una experiencia que todos los cristianos pueden y deben vivir. Debemos vivir la Palabra de Dios y no conformarnos con los discursos que se oyen en la radio y la televisión... Algunos son positivos, ¡pero hay de todo! No solo debemos vivir de nuestras impresiones, de nuestros

sentimientos, de nuestra imaginación, de nuestras reflexiones. Esto son cosas positivas, pero que a veces pueden engañarnos, y no son suficientes. Necesitamos la claridad y la fuerza de la Palabra de Dios, de lo contrario estaremos perdidos en este mundo.

No siempre es fácil ser cristiano hoy en día, pero Dios es fiel y el Espíritu Santo actualmente nos hace redescubrir en qué medida la Palabra de Dios es una fuerza en nuestra vida, como por otro lado también lo es la Eucaristía. Hay pasajes muy bonitos de Juan Pablo II en los que nos dice que cuanto más avanza la Iglesia en la historia más llamada está a encontrar su fuerza principalmente en la Sagrada Escritura y la Eucaristía, recibidas en un ambiente de oración.

Me he permitido un inciso pues se trata de un punto fundamental. Esta noche estáis invitados a pedir favores a la pequeña Teresa. Pedid todo lo que queráis, pero no os olvidéis de pedir este amor a la Palabra, esta comprensión de las Escrituras. Hay algo que me impresiona: cuando Cristo aparece ante sus discípulos después de su resurrección, el evangelio de san Lucas nos dice que el Resucitado ha abierto el corazón de los discípulos a la inteligencia de las Escrituras [25]. Lo que antes estaba cerrado, incomprendible, se convierte de repente en luminoso. Pedid a Teresa el amor a la Biblia, así como esta comprensión espiritual de las Escrituras que fue para ella un gran apoyo. Realmente nunca tuvo guía espiritual. Salvo en raras excepciones, nunca tuvo la suerte de conocer a alguien a quien poder abrirse y que la comprendiera realmente. Pero es a través de la Escritura, leída en la oración, que descubre todo lo que ella necesitaba. *«Lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre*

*alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...» [26].*

## Capítulo 2

# Un ascensor para los pequeñitos

Volvamos a nuestro ascensor. Teresa desea ser santa, quiere amar con todo su ser, pero reconoce sus límites, la incapacidad de cambiar. Quiere evitar el desánimo, que es el principal peligro de la vida espiritual. El padre Lieberman, judío que conoció a Cristo y se convirtió en sacerdote y fundador de los padres espiritanos, dijo: «¡Es el desánimo lo que hace perder las almas!». Le falta encontrar un caminito nuevo y simple para vivir el Evangelio, un ascensor para que la eleve hasta Jesús. Según su buena costumbre, busca la respuesta en la Sagrada Escritura.

Pudo haberla encontrado en el Evangelio directamente. De manera muy clara hay un ascensor en las palabras de Jesús: «¡Todo aquel que se enaltece será humillado, y quien se humilla será enaltecido!» [27]. Este texto podría haber sido su punto de partida. Pero Teresa lo tomará de otra parte, de uno o más bien dos pasajes del Antiguo Testamento.

Continuemos nuestra lectura:

*«Entonces busqué en los libros sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: El que sea “pequeñito” (y Teresa subraya esta expresión) que venga a mí» (Ms C, 3rº).*

Se trata de un versículo del Libro de los Proverbios. Hago un inciso. He hablado del amor de Teresa por la Escritura,

pero es necesario saber que mientras Teresa estuvo en el Carmelo jamás tuvo a su disposición una Biblia completa. En aquella época eso no era posible para una joven religiosa. Afortunadamente, su hermana Celina todavía estaba en este mundo para ocuparse de su papá enfermo. Ella también ingresará en el Carmelo de Lisieux tras la muerte de este último. Pudo adquirir una Biblia íntegra con el Antiguo Testamento completo. Cuando encontraba textos bonitos los copiaba y se los comunicaba a Teresa. Muchas de las bellas intuiciones de Teresa están también basadas en los textos del Antiguo Testamento, que descubrió gracias a esta hermana tan próxima y a quien había comunicado su amor por la Biblia.

Es la expresión «pequeñito» la que llama a Teresa y la relaciona con su situación. ¿Quién es ese «pequeñito» del que habla la Escritura? Es la propia Teresa, movida por un gran deseo de santidad pero que sufre su impotencia, se inquieta al verse débil y tan pequeña.

¿Qué le dice Dios a ese pequeñito? No le dice: ¡tienes que mejorar, no estoy orgulloso de ti, lo que haces no es suficiente! Dios le dice lo contrario: ¡El que sea pequeñito que venga a mí! Sin miedo... ¡Acércate! Se trata nada más y nada menos del «Venid a mí» que encontramos en el Evangelio. Vosotros, los afligidos, los sometidos por el peso de la carga, vosotros a quienes las exigencias de la ley os parecen demasiado duras, venid conmigo pues soy dulce y humilde de corazón y encontraréis el descanso para vuestras almas. Teresa prosiguió:

*«Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el pequeñito que responde a tu llamada,*

Como respuesta a esta invitación, el pequeñito llega hasta Dios de manera confiada, simple... ¿Qué sucederá con él?

*continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré:*

Teresa cita entonces un segundo pasaje de la Escritura, extraído de Isaías en el capítulo 66, un texto magnífico. Revela a Teresa lo que Dios hará con el pequeñito, a esta persona que tanto querría ser santa, quien se percibe a sí misma como pobre e imperfecta y sufre, mas se acerca igualmente a Dios. ¿Dios la incriminará? No, la consolará:

*Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré» (Ms C, 3r<sup>o</sup>).*

Dios le dará consuelo, le dirá: no te preocupes, no te amilanes por tus debilidades. Más adelante veremos por qué: es precisamente a través de tus debilidades, en tu pobreza, donde actuaré con mi poder, y lo que no puedas llevar a cabo con tu propia fuerza yo seré quien lo haga. Teresa no dice todo esto a continuación en nuestro texto, yo resumo lo que formulará en otro lugar; pero creo que estas son las palabras misteriosas de consuelo que Dios le dirige. En lugar de percibir tu pobreza como un inconveniente, un obstáculo, concíbela como una gracia.

Esta es la revolución, esta es la novedad de Teresa, que es a la vez una nueva mirada sobre Dios y todavía más una nueva mirada sobre sí misma, una reconciliación consigo misma, con su debilidad y su pobreza. Hablaré de ello enseguida, puesto que se trata de un punto fundamental.

Teresa se contenta aquí con citar la palabra compasiva de Isaías: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en mis brazos...». Aquí encuentra por fin el

ascensor tan buscado, es el mismo Dios quien la lleva, la trae, la sostiene en sus brazos, la mece sobre sus rodillas.

Escuchemos la continuación:

*«Nunca palabras más tiernas, ni más melodiosas alegraron mi alma. ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús!».*

Este lenguaje es algo sorprendente, puesto que el texto habla de Dios como padre, y también como madre («como una madre acaricia a su hijo»), y Teresa pasa sin transición a los «brazos de Jesús». Mas esta es la verdad profunda. Dios es uno, es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y tiene la misma ternura para los pobres y los pequeñitos [28].

He aquí pues el ascensor, que son los brazos de Jesús la misericordia de Dios que se da a través de Cristo, quienes serán el ascensor de Teresa y la llevarán a lo que parece inaccesible, a la santidad verdadera.

Teresa prosigue, y esto es muy importante:

*«Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más».*

Si quiero que Dios todopoderoso me tienda sobre sus rodillas, si quiero que el ascensor baje a buscarme, debo seguir siendo pequeña, de lo contrario no funcionará. Si soy demasiado «grande», demasiado segura de mí misma, el ascensor no vendrá a llevarme... No «grande» en el sentido de «adulto»: como ya he explicado, en casa de Teresa se llevó a cabo un verdadero trabajo para convertirla en adulta, para ser libre en el terreno afectivo, valiente y decidida. La última de las hijas Martín, tras la gracia en Nochebuena de 1886, madurará rápidamente como persona, con una fe firme,

autónoma psicológicamente. No se trata de infantilismo, es todo lo contrario.

Teresa descubre que el secreto último de su búsqueda es que ella no necesita crecer, sino todo lo contrario: seguir siendo pequeña, y serlo cada vez más.

Continúa con un cántico hermoso de acción de gracias:

*«¡Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias...!».*

Para expresar su gratitud también se sirve de la Biblia y cita un versículo del salmo 71, pues no hay nada mejor que los salmos para expresar nuestra alabanza:

*«Me instruiste desde mi juventud y hasta hoy relato tus maravillas, y las seguiré publicando hasta mi edad más avanzada».*

No cesaré en toda mi vida de cantar las misericordias de Dios...

Después de estas palabras Teresa pasa a otro asunto: ¿Cuál será esta edad avanzada? ¿Cuánto tiempo la mantendrá Dios en la tierra? Pero aquí termina su razonamiento sobre esta materia que nos interesa. Está plenamente satisfecha, ha descubierto que lo esencial del «caminito», de ese nuevo camino hacia la santidad, reside en *continuar siendo pequeña y serlo poco a poco*; actitud que, verdaderamente, atrae hacia ella la gracia de Jesús, que hará el efecto del ascensor y la llevará a donde desea llegar, a la cima del amor.

Sin embargo, el lector se queda con la incógnita de saber: ¿Qué significa en la práctica seguir siendo pequeña? Teresa no lo dice aquí; lo deja entrever, pero no lo explica como quisiéramos.

Afortunadamente lo hará en otro lugar. Podríamos decir que el objetivo principal de todos los textos de Teresa, sus relatos autobiográficos, sus cartas, sus poesías, es el de hacernos entender en qué consiste ser pequeñito, cómo ponerlo en práctica en todas las circunstancias concretas de la vida en las que se nos llama a serlo. Algunos textos explican el significado de mantenerse pequeño en la vida de oración, cuando se vive, por ejemplo, en tiempos de calamidad y oscuridad. En el manuscrito C encontramos diversos capítulos excepcionales sobre la vida en comunidad del Carmelo, que son fácilmente adaptables a la vida de cualquier familia. Cómo practicarla en el sufrimiento, durante una prueba. Durante los dos últimos años de su vida, Teresa vivió episodios muy dolorosos. El sufrimiento físico de la tuberculosis que la llevó a la muerte, y a la vez una noche interior muy profunda que afectó a su fe y su esperanza. Su testimonio es muy valioso ya que nos muestra que este «caminito» no solo es practicable en situaciones normales sino que es además un recurso aplicable en las peores pruebas. Y que puede llevar a una valentía y a un don de sí memorables.

El pensamiento de Teresa es sencillo, pero a la vez extremadamente rico. Trata muchísimos temas en sus escritos. Habla también sobre el misterio de la Iglesia, del sacerdocio, de la Eucaristía, de María, etc., y aborda estos temas no de manera sistemática, sino que simplemente a partir de su vida hará comprender lo que significa mantenerse pequeñito, que no es más que la llamada del Evangelio para que nos convirtamos y volvamos a ser como niños, la única forma de entrar en el Reino de los Cielos [\[29\]](#).

Lo que faltaría ahora es mostrar cómo practicar esta actitud de pequeñez en los distintos ámbitos de nuestra vida.

Puesto que no sería posible para mí desarrollarlo en todos los ámbitos durante el transcurso de este corto retiro, os invito a que vosotros mismos leáis y meditéis los escritos de Teresa. No obstante, tendremos en cuenta algunos temas que en mi opinión parecen más importantes.

Más adelante citaré palabras de nuestra santa que forman parte de las que fueron anotadas por sus hermanas durante su última enfermedad, y que son precisamente la respuesta a esta cuestión que le fue planteada de manera explícita: «¿Qué significa ser pequeño?». Teresa manifiesta los aspectos principales de su noción de pequeñez.

Pero antes, para explicar las cosas de otro modo y poner de manifiesto la lógica teológica profunda de la doctrina de Teresa, quisiera hacer una puntualización.

Teresa descubre que no puede convertirse en santa por sí sola, con sus propias fuerzas. Sus méritos y sus buenas obras no bastan para salvarla. Ella une, pues, de una forma sencilla el corazón del mensaje del Evangelio y el de san Pablo: el hombre no se salva solo por sus obras, sus actos. Es salvado por gracia, por misericordia, una gracia que se recibe a través de la fe, por la confianza.

Que no podamos salvarnos por nuestros propios medios lo confesamos de palabra, pero sentimos mucho dolor al aceptarlo. Cada uno de nosotros querría salvarse por sí mismo, ser fuerte, robusto, valerse de sus éxitos, brillar ante los ojos de los demás, lo mismo en el plano espiritual. Cuando se es mundano se busca el reconocimiento a los ojos de los demás por el automóvil lujoso, por el reloj de cinco mil euros, la ropa de marca, el éxito profesional, la mujer hermosa que pasea de su brazo. Cuando se es un buen cristiano, por ejemplo miembro de la renovación carismática, uno quiere brillar por sus virtudes, su carisma,

su experiencia, su buen juicio. Consideramos entonces que estamos en el buen camino, ¡aunque en la práctica corremos el gran riesgo de encontrarnos en definitiva ante una lógica absolutamente idéntica! Claramente, sin darnos cuenta, aplicamos a la vida espiritual la lógica mundana: autorrealización, expansión del ego, ampliación del ego, etc. Y el orgullo espiritual es a veces mucho peor que el orgullo social, mundano. Es necesario saberlo.

No puedo salvarme en base a mis propias realizaciones, solo puedo hacerlo por la gracia. Cuando el amor gratuito de Dios venga a buscarme, a transformarme, unas veces de manera suave y progresiva, otras veces de manera espectacular. En general, será más bien de manera lenta y paulatina, sin que uno tenga plena conciencia de esta gracia.

Nos gustaría sentir que estamos progresando, que mejoramos, que avanzamos. A veces realmente lo percibimos: experimentamos que Dios ha deshecho un nudo, como Teresa en Nochebuena. Pero lo habitual es que no percibamos nada, en tanto Dios actúa igualmente, hasta que un día veamos los resultados. Como la semilla de la que habla el Evangelio, un pequeño grano de mostaza negra, todo lo que Dios siembre en secreto en nuestro corazón, y a continuación, que tu duermas o estés en vela no importa, esta crece y da sus frutos, se convierte en un árbol en cuyas ramas los pájaros del cielo encuentran refugio [30]. Todos esos pobres pájaros perdidos de nuestro mundo actual, encontrarán a tu lado consuelo y esperanza, valor, calor y ternura. Estos son, para sí y también para el prójimo, los frutos del trabajo en secreto de la gracia, que vienen solos por así decirlo.

Todo esto significa que la cuestión de fondo de la vida humana y espiritual es descubrir y practicar cuáles son las

actitudes interiores, las disposiciones del corazón que nos hacen estar abiertos a la gracia de Dios, que atraen la gracia de Dios de forma verdadera, infalible. Somos pequeños y pobres pero podemos atraer la gracia de Dios verdaderamente. Y no porque podamos manipular a Dios; si hay alguien a quien no podamos manipular es sin duda a nuestro Señor. Pero Él es fiel y nos ama. Entonces podemos encontrar la forma de atraer la gracia de Dios de manera infalible, y esos medios garantizados son precisamente los que Teresa resume en la idea de pequeñez. Es una realidad que Teresa probablemente descubrió gracias a san Juan de la Cruz. Recordemos que Teresa se basó principalmente en esta gran figura del Carmelo, aunque los dos santos puedan parecer muy distintos el uno del otro. Yo diría además que en determinados aspectos se da más parentesco de alma entre san Juan de la Cruz y Teresa de Lisieux, que entre esta última y Teresa de Ávila. San Juan de la Cruz afirma que podemos obtener cualquier cosa de Dios, a condición de saber cómo recibirla... Si la tomamos por amor [31]. Podemos obtener cualquier cosa encontrando la actitud justa con respecto a Él. Esta actitud es el amor, que se expresa principalmente, como la desarrollaremos a continuación, mediante la humildad y la confianza.

La humildad, porque la Escritura dice: «*Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes*» [32]. La confianza, porque Dios posee el corazón de un padre, y un padre no puede resistirse a la confianza de sus hijos, es imposible. En cuanto tenemos corazón de padre, estamos perdidos: ¡No podemos dejarnos vencer por la confianza de un niño! Un niño que nos dice: papá, soy imperfecto, hago muchas tonterías, ¡pero sabes cuánto te amo! Y cuando hago una tontería, ¡te pido que me castigues con un beso! ¿Acaso un

padre puede resistirse a esto? Estas son las palabras de Teresa, os leeré a continuación una especie de parábola de su composición en la que ella utiliza este lenguaje.

Aquí está pues el centro del mensaje de Teresa, que no es otro que el del Evangelio. Ella nos invita a redescubrir y poner en práctica las actitudes justas que permiten que la gracia venga a visitarnos. Esta puesta en práctica requiere ciertos niveles de paciencia y perseverancia, exige esfuerzo y valor, y yo diría valor «bien situado» y no un intento llamado al fracaso de cambiarse a uno mismo, sino una perseverancia en las disposiciones fecundas que nos abren de manera efectiva al trabajo de Dios.

Desarrollaré algunas de estas actitudes. Pero antes, para ofrecer una visión lo bastante amplia, quisiera leeros el texto al que he hecho alusión. Lo he extraído del *Cuaderno Amarillo*, un conjunto de palabras de Teresa recogidas durante los últimos meses de su vida por la hermana Inés de Jesús (Paulina).

Este pasaje está fechado el 6 de agosto de 1897, un poco antes de la muerte de Teresa, ocurrida el 30 de septiembre del mismo año.

*«Por la noche, durante Maitines, le pregunté qué entendía ella por “ser siempre una niñita delante de Dios”. Me respondió:*

*Es reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre; es no preocuparse por nada,*

No preocuparse por nada. La Escritura nos dice: «¡Por nada estéis afanosos!» [\[33\]](#).

*ni siquiera por ganar dinero.*

No pretendamos acumular méritos, virtudes, seguridades... Cuando se tienen, está bien, pero no debemos hacer hincapié en ello...

*Hasta en la casa de los pobres se da al niño todo lo que necesita; pero en cuanto se hace mayor, su padre se niega ya a alimentarlo y le dice: Ahora trabaja, ya puedes arreglártelas tú solito. Precisamente por no oír eso, yo no he querido hacerme mayor, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del cielo».*

Esto podría dar lugar a interpretaciones erróneas; un psicoanalista suspicaz podría acusar rápidamente a Teresa de infantilismo e inmadurez. Nada más lejos de la realidad. Antes comenté de qué manera tan valiente luchó Teresa hasta alcanzar la autonomía afectiva, y con qué rapidez se hizo realmente adulta. Tomemos un ejemplo, en el marco del inicio de su vida religiosa en el Carmelo. Procedente del caluroso seno familiar, era la benjamina de la familia, siempre rodeada de cariño y afecto, en el Carmelo tuvo que aceptar cierta soledad. Tuvo la tentación de unirse demasiado a su madre superiora, quien representaba una figura maternal, y de quien habría podido ser dependiente. Cuenta que, mil veces al día, se le ocurrían ideas que requerían pedir permiso como pretexto para llamar a su puerta, para «encontrar algunas gotas de alegría» con ella, pero rechazó tales ideas. Confesó que en ocasiones la tentación era tan fuerte que se vio obligada a agarrarse a la barandilla de la escalera para no ceder [34]. Presintió que buscar consuelo humano en la madre María de Gonzague era una trampa que la hubiera hecho inmadura y dependiente.

En el plano humano, se esforzó de manera memorable por llegar a ser adulta y libre. Pero, simultáneamente,

comprendió que, en el ámbito espiritual, y en lo que respecta a la relación con Dios, las cosas son distintas. Cuanto más crecemos en el aspecto espiritual, más dependemos de Dios, vivimos de Dios, lo recibimos todo de su gracia. ¡Pero no se trata de ser autónomo! Pretender pasar de Dios: soy lo suficientemente fuerte y experimentado. Debemos estar alerta ante un determinado deseo de perfección que a veces cultivamos. El deseo de perfección es algo bueno en sí mismo, pero puede ser ambiguo: ¿qué deseamos realmente? Me gustaría ser experimentado, ser irreprochable, no equivocarme nunca, no decaer jamás, poseer un discernimiento infalible, una virtud sin contratiempos... Esto significa a fin de cuentas no tener necesidad de perdón, de misericordia, no tener necesidad de Dios y de su auxilio. Si nuestro sueño de perfección significa, en último término, poder prescindir de Dios, ¡quizás nosotros ya no estemos en la lógica del Evangelio!

Esta última, al contrario, consiste en recibirlo todo de Dios: el sentido de nuestra vida, el valor que necesitamos, la luz que nos permite hacer nuestra elección. Recibirlo todo de Dios, en la confianza, la oración y la sencillez. Es un aspecto al que Teresa denomina «seguir siendo pequeña». Aceptar recibir de la mano de Dios, día tras día, todo lo necesario, sin preocuparse del pasado ni del futuro. Día tras día hago lo que se me pide, sin preocupación y sin miedo, con la certeza de que Dios es fiel y me da en cada momento lo que necesito, y sin caer en esta ilusión de que un día podría prescindir de la gracia de Dios.

Teresa continúa:

*Así que seguí siendo pequeñita, sin otra ocupación que la de recoger flores, las flores del amor y del sacrificio, y ofrecérselas a Dios para su recreo.*

Esto significa: yo no busco después las realizaciones extraordinarias, las obras grandiosas que todos podrían admirar. En la banalidad de mi día a día busco cómo complacer a Dios en las pequeñas cosas, estoy atento a todas las ocasiones para perpetrar simples gestos de amor, de ofrenda de mí mismo, etc., no para acumular méritos, ni someter a los demás, sino por amor, para complacer a Dios, como un niño busca complacer a su padre.

*Ser pequeño es también no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios.*

Practico la virtud con valor, pero reconozco que es un don que Dios me ha dado, no me glorifico a mí mismo. Todo el bien que lleve a cabo –y me esfuerzo en cumplir– lo atribuyo a la bondad de Dios. Teresa era muy valiente al practicar todas las virtudes exigidas por su vocación, pero dentro de un equilibrio: cuando no lo consigue de la manera perfecta que ella hubiera deseado, no se deprime, acepta ser a veces pobre y pecadora; y cuando lo consigue, «no se le sube a la cabeza», no se considera mejor que los demás, sino que da las gracias a Dios por el regalo que le ha hecho.

La última frase también es muy importante para calificar lo que significa «ser pequeño»:

*Por último, es no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.*

Teresa jamás se desanima por sus errores, aunque a veces sean humillantes y dolorosos. La cordura está muy presente en lo que ella comparte con nosotros: los niños caen con frecuencia y no se hacen daño, ya que no lo hacen desde una gran altura (altura del orgullo, de la suficiencia...) y, además, se levantan enseguida para lanzarse a los brazos de sus padres y retomar su camino.

Estos son, pues, los aspectos principales de lo que nuestra carmelita llama «ser pequeño». Lo que algunos pasajes del Evangelio denominan «volver a ser un niño», y que al fin y al cabo es idéntico a lo que los textos de las Bienaventuranzas, según el Evangelio de Mateo, llaman «pobre de espíritu»: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos» [\[35\]](#).

Ahora quisiera retomar algunos de estos puntos para hablar de ellos en profundidad. Consideraré sobre todo cinco: la humildad, la confianza, el hecho de vivir el momento presente, el amor y la gratitud. Estas son, tal y como acabo de comentar más arriba, las actitudes interiores fundamentales que de manera infalible atraen la gracia de Dios. Debemos practicarlas fielmente, es nuestra parte, y después de esto estar tranquilos, por así decirlo, porque el resto, nuestro crecimiento en santidad, se hará por sí solo, haciendo Dios su trabajo por nosotros.

Empezaremos por los dos más importantes, que ya he comentado, y que constituyen el principio de la vida cristiana auténtica: la humildad y la confianza. No se pueden separar el uno del otro.

¿Qué es la humildad? Creo que en este punto debemos tener en cuenta dos aspectos inseparables.

Del primero acabo de decir ya algunas palabras. Ser humilde es reconocer todo lo bueno que hay en mi vida: mis cualidades, lo bien que puedo llevarlas a cabo y así sucesivamente, como un don de Dios. En la vida hay más que cosas negativas; a veces se está contento de uno mismo, de lo que se vive, de lo que uno ha podido llevar a cabo, y es legítimo, a condición de que se reconozca en Dios la fuente última de todo este bien. Uno está satisfecho de lo que vive y da gracias al Señor, pero no se crece, no se cree mejor que los demás. Lo que está falseado con frecuencia en nuestra disposición es que, más allá de la actitud sana que consiste en alegrarse en Dios del bien del que somos capaces, hacemos una especie de pedestal sobre el cual nos colocamos para autorizarnos a juzgar a los demás. La actitud que evoca el Evangelio de Lucas en la parábola del fariseo y el publicano: «Dios mío, te doy las gracias porque no soy como este publicano... ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias...» [36]. Cuando el bien que está presente en nuestra vida se convierte en un pretexto para juzgar y menospreciar a los demás, está convirtiéndose en una ocasión de orgullo. Debemos estar atentos porque sucede muy rápido. La actitud verdadera es alegrarse del bien que está presente en nuestra vida, pero sin bajar la guardia ante lo que podría alimentar un orgullo más o menos consciente. Sabemos que los dos signos habituales y principales del orgullo son tanto menospreciar a los demás como desanimarse. El desánimo es una expresión del orgullo, dijo Teresa. Cuando se es humilde, cuando uno acepta su pequeñez, no se desanima pues tiene confianza en Dios y en sí mismo.

Aquí abordaremos un segundo aspecto de la humildad que es totalmente fundamental, y puede ser el más difícil de vivir y de llevar a la práctica.

En ocasiones tenemos una idea falsa de humildad. La verdadera humildad no radica en juzgarse o menospreciarse a uno mismo. Decirse con desprecio: no vales nada, eres un inútil... La verdadera humildad es exactamente lo contrario: aceptarse de manera honesta, tal y como uno es. Santa Teresa de Jesús lo dijo de esta manera: «Humildad es andar en verdad» (*Las moradas*, C 10, 7).

Aceptar favorablemente las pequeñeces, los límites físicos, las debilidades psicológicas, la falta de valor y de virtud, la dificultad para rezar, todas las debilidades que puedan estar presentes en una existencia, ya sean materiales, psicológicas o se refieran al ámbito de la vida espiritual en sí misma. Ser humilde es admitir la pobreza. Reconocerla, puesto que a veces no queremos verla de frente, ¡y sobre todo aceptarla!

Llegar a verla lo conseguimos hacer más o menos cuando tenemos algo de lucidez. Aceptarla ya es más difícil...

Aceptarse uno mismo no es sencillo. A todos nos gustaría ser más inteligentes, más fuertes, más guapos, más agradados, más espirituales, más esto y lo otro, en todos los ámbitos de la existencia, poco importa... Nos decepcionamos a nosotros mismos fácilmente.

O, a menudo, lo que impide a la gracia de Dios actuar profundamente en nuestra vida personal, y por eso es una forma de pecado, es el no aceptarnos tal y como seamos. Aceptar plenamente nuestra historia, nuestro pasado, nuestros errores, nuestro físico, lo que somos en el ámbito humano, nuestra psicología, nuestras debilidades, y así sucesivamente.

Es necesario reconocer su dificultad. Personalmente practico de manera muy activa la escucha y el acompañamiento espiritual, y he escuchado miles de veces a personas que me han dicho: «Padre, no consigo aceptarme, no soporto mi manera de ser...». También he oído con frecuencia a alguien confesándome: «¡Me odio!».

Esta actitud no es justa, es contraria a la humildad, a la infancia espiritual. Ser un niño es aceptarme como soy. Sé que tengo muchos límites e imperfecciones, pero no hago un drama de ello, un problema mayor. En primer lugar, porque sé que Dios me ama tal y como soy. Dios no me ama por mis resultados ni mis éxitos, Dios me ama porque ha decidido adoptarme como hijo suyo, y con eso basta. Su amor es incondicional. En segundo lugar, estoy seguro de que de mis debilidades, de mis límites y mis pecados, Dios con su sorprendente sabiduría puede obtener un bien. Creo en esta verdad que san Pablo ha experimentado: el poder de Dios se desarrolla en la debilidad del hombre [37]. No me preocupo por mis debilidades, no hago una tragedia, las acepto simplemente. Esta disposición es un medio extremadamente poderoso para atraer la gracia de Dios; más tarde os leeré un texto de Teresa respecto a este tema.

Reflexionemos sobre el ejemplo de Pablo. En efecto era un hombre dotado de numerosas cualidades. No obstante, también tenía un punto débil, de fragilidad, una «espina en la carne». No se sabe con exactitud de qué se trataba, es una cuestión discutida por los exegetas. ¿Eran estas las tentaciones incesantes, una debilidad humana, una forma de timidez invencible [38], una enfermedad, era este su fracaso apostólico ante los judíos? Pues, como confirman los Hechos de los Apóstoles, el apostolado de Pablo fue tan fructífero ante los paganos como catastrófico lo fue entre los judíos...

No se sabe con exactitud, lo que por otro lado también está bien, ¡ya que de esta forma podemos aplicar este concepto a muchas cosas!

Pablo cargaba con el peso del sufrimiento y la debilidad, algo humillante para él como se desprende claramente de los términos que evoca: un «ángel de Satanás encargado de humillarme para que no me vuelva orgulloso». Hoy en día diríamos en lengua popular: ¡le abofeteaba! Y Pablo suplicó tres veces a Dios que le liberara. Que le liberara por fin de este sufrimiento. Y Dios le dijo: No, «mi gracia es suficiente», no necesitas ser perfecto en todos los aspectos. Al contrario, es bueno para ti tener puntos de pobreza: ya que te protege, te mantiene humilde y pequeño, y mi poder se desarrolla en tu debilidad. Y Pablo ha debido aceptar... Desconozco cuánto tiempo pudo durar su prueba, si era temporal o duró hasta el final de sus días poco importa. Hay debilidades de las que Dios nos libra, pero hay otras que no, precisamente para que sigamos siendo pequeños y pobres, dependientes de su gracia, porque estamos obligados a aclamarle siempre. ¡Bienaventuradas las debilidades que nos obligan a aclamar a Dios! Puesto que Dios escucha la plegaria del pobre y le socorre. A veces cura las debilidades, pero en ocasiones da la gracia de vivirlas con confianza, de admitirlas tranquilamente y aceptarse a sí mismo frágil y limitado.

Esta es la verdadera humildad: me acepto tal y como soy, soy capaz de amarme como soy, y esto atrae firmemente la gracia de Dios.

Ahora vamos a celebrar la Eucaristía. Permanecemos en recogimiento, en silencio si es posible, sin charlas inútiles, y preparémonos pues la Eucaristía es precisamente este momento fantástico en el que Dios viene a apropiarse de nuestra debilidad para visitarla, habitarla, para que estemos

en paz con nosotros mismos, algo que a veces necesitamos de manera urgente [\[39\]](#).

## Capítulo 3

# Reconciliarse con la debilidad

En la escuela de Teresa de Lisieux buscamos aquellas actitudes concretas que hacen que Dios acuda a auxiliarnos, nos conceda la gracia que necesitamos para acceder poco a poco a la santidad, a la plenitud del amor.

Tales actitudes, que Teresa reagrupa bajo el nombre de «pequeñez», en relación con la noción evangélica de infancia, comportan dos elementos fundamentales que aunque no sean los únicos son los principales: la humildad y la confianza.

En el capítulo anterior ya hablamos de la humildad. Creo que una buena definición de humildad podría ser la siguiente: la relación justa consigo mismo, lo que permite una relación justa con Dios y una relación justa con los demás. Uno de sus aspectos esenciales, como ya hemos visto, es la aceptación equilibrada de su debilidad y su pobreza.

Si me acepto como soy acepto también el amor que Dios me da. En cambio, si me rechazo, si me desprecio, me cierro al amor que Dios me procura, niego este amor.

Si me cobijo en mi fragilidad, mis límites, será más fácil que acepte a los demás. A menudo, no soportamos a los demás por el simple hecho de que no nos soportamos a nosotros mismos. Todos lo hemos sentido alguna vez. A veces estoy descontento conmigo mismo, porque he cometido errores o tengo un defecto que me molesta; puedo enfadarme mucho conmigo mismo. Y, de repente, también estoy de mal humor y un poco agresivo con los demás. ¿Qué

significa esto? Simplemente que hago pagar a los demás la dificultad que tengo para aceptar mi pobreza. No acepto mis propios límites, y los proyecto en los demás... Esta actitud es muy frecuente, y obviamente no es una actitud justa. La mayoría de los conflictos que tenemos con los demás son de hecho una mera proyección del conflicto que mantenemos con nosotros mismos.

Contrariamente, cuanto más me acepto tal y como soy más me reconcilio con mi debilidad, y más puedo aceptar a los demás y amarlos tal y como son.

No obstante, llegados a este punto se nos plantea una cuestión bastante complicada. ¿Dónde está el límite entre la aceptación de la debilidad y la complacencia en el pecado? Las debilidades hay que aceptarlas, pero el pecado está claro que hay que rechazarlo. A veces la diferenciación entre los dos no es tan fácil. En este sentido, hay que encontrar un equilibrio en la vida espiritual que es sutil.

Por un lado, se requiere un deseo verdadero de conversión, un deseo verdadero de cambiar, de mejorarnos, de vivir más tiempo según el Evangelio, de practicar con valor todas las virtudes, la paciencia, la pureza, etc. Es necesario estar determinado. Para progresar realmente es indispensable estar totalmente decidido a no rechazar nada de Dios. En la entrada de la casa que nos acoge (ver nota [39]), habréis podido ver una estatua: san Luis, rey de Francia. Este dijo a uno de sus caballeros, el Sire de Joinville: «¡Prefiero enfermar de lepra antes que cometer un pecado mortal!». En la Edad Media esto no era poca cosa, esta enfermedad comportaba una terrible exclusión social. Asimismo, debemos estar invadidos de cierta determinación, ya sabéis lo mucho que utiliza este término santa Teresa de Ávila: preferir padecer una enfermedad grave o morir antes

que ofender gravemente a Dios. Es necesario querer ser fiel al Señor, cueste lo que cueste. Que vuestro sí sea sí y que vuestro no sea no, dice el Evangelio. Estar preparados para «luchar hasta derramar sangre contra el pecado», como dice la Carta a los Hebreos [40] haciendo alusión a la posibilidad del martirio. En su célebre Regla, san Benito alienta al fraile de manera análoga a «no preferir nada antes que el amor de Cristo».

Pero, al mismo tiempo, es necesario aceptarse pobre y pecador. Ya que a pesar de nuestra buena voluntad, de nuestro deseo sincero de nunca jamás rechazar a Dios, de amarlo de corazón, nos enfrentaremos a límites, debilidades, a veces fracasos, que pueden ser muy humillantes y que necesitamos aceptar. Debemos rechazar el pecado, pero aceptar ser un pobre pecador. Aceptar ser alguien que es capaz de caer a menudo, pero que se levanta enseguida, como los niños de los que Teresa nos habla.

Se trata pues de establecer un equilibrio, complicado pero posible. Este equilibrio se expresa claramente en la vida de nuestra santa, la cual muestra, por un lado, un gran valor, una gran determinación de amar, de dar su vida hasta el final (era también muy exigente con las novicias a su cargo). Pero, por otro lado, ella aprendió poco a poco a aceptar de manera humilde sus límites. Unos meses antes del final de sus días escribió estas palabras «*ni me aflijo al ver que soy la debilidad misma; al contrario, me glorío de ello y espero descubrir cada día en mí nuevas imperfecciones*» [41]. Y otro día: «*¡Qué feliz me siento de verme imperfecta y con tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de la muerte!*» [42]. Posiblemente este lenguaje también sea debido a que en la enfermedad descubrimos mejor nuestra

pobreza... Pero ella la acepta, porque deposita toda su confianza en Dios.

Así pues debo practicar esta bondad para conmigo, esta confianza en la misericordia del Padre, y a la vez esta decisión de pertenecer totalmente a Dios, y recordar que no se puede servir a Dios y al mundo, servir a Dios y al dinero, servir a Dios y querer a toda costa el éxito social o la vida fácil... Practicar la bondad hacia uno mismo para no desalentarse, no condenarse a sí mismo cuando nos enfrentamos a nuestra fragilidad, sino mantener también un gran deseo de santidad. Y no de perfección extrema, puesto que la santidad es algo distinto, sino un verdadero deseo de amar a Dios y al prójimo y llegar al límite del amor, no amar a medias. Teresa dijo: «*No quiero ser santa a medias*» [43], es decir, no puedo amar a Dios sólo con un cincuenta por ciento de mi corazón. «*Tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y amarás al prójimo como a ti mismo*». A esto debemos aspirar, sin depositar nuestra confianza en nosotros mismos, sino contando con la gracia divina.

Un retiro como el que estamos viviendo es también el momento ideal para sincerarse realmente ante Dios. A veces tenemos un poco de miedo a la verdad, pero solo la verdad puede hacernos libres. Creo que si Teresa ha llegado tan rápido a la santidad es por su gran deseo de verdad. «*Solo he buscado la verdad*», dijo. No era más que una persona incapaz de mentirse a sí misma. Con motivo de este retiro, debemos plantearnos sinceramente esta pregunta: ¿cuál es el deseo más profundo que habita en mi corazón? Somos hombres y mujeres de deseo, es normal, estamos hechos así. Deseamos muchas cosas: la felicidad, el amor, la vida, la libertad, etc. A veces nuestros deseos son contradictorios,

estamos divididos interiormente, pero Dios quiere crear la unidad en nuestra vida. Y eso se lleva a cabo mediante la iniciativa, entre todos nuestros deseos, de una aspiración más profunda, más esencial. Cuando alguien se autoevalúa conscientemente al respecto, encuentra una respuesta... Sabemos qué es lo que más deseamos. ¿Acaso amar a Dios y al prójimo y vivir profundamente el Evangelio es a lo que nosotros aspiramos realmente? ¿O esto son cosas menos importantes y que no pueden hacernos felices? No lo digo para avivar miedos o culpabilidad, sino como un paso hacia la verdad, que será liberadora. Si nuestro deseo más profundo es amar a Dios y hacerlo amar (es la respuesta que Teresa habría dado sin dudar si le hubiéramos hecho la pregunta: ¿cuál es tu mayor deseo?), entonces nuestra salud espiritual es buena. Cada uno de nosotros puede expresarlo a su manera, con sus propias palabras, no importa: vivir el Evangelio, caminar hacia la santidad, dirigirse hacia la plenitud del amor, corresponder a la voluntad de Dios, complacerle en todo... Si esto es lo que más deseamos, Dios estará realmente presente en nuestra vida y podremos contar con su gracia. Estará verdaderamente con nosotros en todas las cosas y nada podrá jamás separarnos de Él.

Lo que estoy a punto de describir es lo que llamamos *buena voluntad*: estoy lejos de ser perfecto; todos los días cometo errores sin querer, pero, cuando soy sincero conmigo mismo, sé que lo más importante para mí es, en definitiva, vivir el Evangelio, responder a la llamada de Jesús. Hay muchas cosas en la vida que son realmente importantes: la vida profesional, la familia, las amistades, el ocio y las vacaciones, etc. Todas estas realidades son buenas; no debemos infravalorarlas, tienen su lugar, pero comprueba de vez en cuando que tu vida esté unificada por un deseo

profundo que sea el de responder a la llamada de Dios, hacer la voluntad del Padre. Que es también tu felicidad, porque lo que Dios quiere es tu felicidad. Mas solo Él conoce el camino.

¿Quién de nosotros sabe realmente qué puede hacerle feliz? En ocasiones ambicionamos un montón de cosas, diciéndonos: seré feliz cuando haya casado a todas mis hijas, cuando obtenga mi diploma, cuando me haya mudado de apartamento, cuando adelgace 5 kg... Esto son cosas que uno puede desear, pero no forman parte de lo esencial, lo único que puede hacernos totalmente felices es responder a la llamada que Dios nos hace para amarle a Él y al prójimo.

Tenemos derecho a ser pobres y pequeños. Dios no se escandaliza por nuestras debilidades, pero necesita también esta buena voluntad que acabo de describir. Volviendo al lenguaje que hemos utilizado en el capítulo anterior, esta buena voluntad, este deseo sincero de hacer la voluntad de Dios, atrae muchas gracias a nuestra vida. Un padre no puede resistirse a la buena voluntad de sus hijos. Si un padre ve a su hijo pequeño lleno de buena voluntad para resolver un problema y afrontar una dificultad que le resulta difícil resolver por sí mismo, acudirá rápidamente en su ayuda.

Pidámosle al Espíritu Santo que nos ayude a encontrar la armonía en la que el deseo verdadero de santidad, la determinación firme de convertirse una y otra vez, se articulan con la humildad y la aceptación tranquila de los límites y debilidades.

En la vida se dan algunas situaciones en las que no siempre es fácil llegar a buen entendimiento. Antes de la misa hablé con algunas personas sobre los problemas de adicción, tan frecuentes hoy en día: adicción al alcohol, a la comida, al juego, incluso a la pornografía. No es siempre fácil diferenciar qué parte es pecado y qué debilidad. El pecado

existe desde que existe la libertad, desde que hago un acto que no es bueno y que podría evitar. Si tengo una debilidad, una imperfección, y no hago nada para liberarme de ella hay pecado. Si tengo algunos malos hábitos de los que no puedo deshacerme, debo pedir ayuda, debo hablarlo con alguien, por lo menos mediante acompañamiento espiritual. Debo buscar remedios, a veces mediante seguimiento psicológico como en el caso de los problemas de adicción. Pero a veces podemos conocer personas de buena voluntad que se esfuerzan, que lo hacen todo para recibir ayuda, y que sin embargo nunca llegan a resolver totalmente determinadas situaciones de fragilidad. No podemos condenarlas puesto que lo hacen lo mejor que pueden, y posiblemente necesitarán mucho tiempo para encontrar la liberación verdadera. Así pues debemos invitarlas a la paciencia, a su propia aceptación como pobres, a que depositen toda su esperanza en la infinita misericordia de Dios, y confiar en que Dios puede sacar bienes de todo, incluso de estas «zonas de penumbra» presentes en sus vidas.

En este aspecto se dan situaciones difíciles, y solo puedo ofrecer algunos puntos de referencia para ayudar a encontrar el equilibrio entre un verdadero deseo de progreso hacia la santidad y la paciencia con uno mismo, hecha de confianza en la misericordia de Dios. A veces somos demasiado perezosos, no luchamos lo suficiente contra ciertos defectos. Pero en ocasiones caemos en el efecto contrario: frente a un defecto concreto que nos pesa, uno se crece, se obstina en querer deshacerse totalmente de él, mientras Dios nos pide que dirijamos nuestros mayores esfuerzos en otra dirección y le confiemos esta pobreza que sabrá resolver a su tiempo. Cuando uno duda sobre qué conducta adoptar, es conveniente hablarlo con alguien, tener

la posibilidad de un acompañamiento espiritual. Sé que desafortunadamente no siempre es fácil encontrarlo, pero si podemos abrirnos a alguien siempre será gratificante.

Frente a algunas de nuestras debilidades humanas debemos tener deseo de mejora y recuperación, en cumplimiento del Evangelio y la enseñanza de la Iglesia, pero sin caer en absoluto en una especie de «obstinación terapéutica» para pretender liberarnos definitivamente de cualquier imperfección o curar todas nuestras heridas. Corremos el riesgo de que nos falte paciencia, de que nos esforcemos al máximo en algo que no es lo que Dios nos pide en concreto, o incluso de que al final nos ocupemos más de nosotros mismos que de Él.

Para terminar este punto querría leeros algunos extractos de una carta de Teresa, antes de abordar el tema de la confianza.

Se trata de la carta nº 197, dirigida a su hermana María del Sagrado Corazón. La primera de las hijas Martín que ingresó en el Carmelo de Lisieux, pero la segunda por edad. Era además la madrina de Teresa. Su papel fue providencial para nosotros, pues ella sugirió a la madre Agnes (Pauline Martín), entonces la superiora, que pidiera a Teresa que escribiera las memorias de su infancia y otros relatos que sirvieron de base para la *Historia de un alma*. No fue por iniciativa propia sino por obediencia a sus superiores, que Teresa se lanzó a escribir. Afortunadamente obedeció, dejando así un inmenso regalo para la Iglesia.

Entre los tres «manuscritos autobiográficos», el manuscrito B, el más corto, es en efecto una carta dirigida a su hermana y madrina, quien había pedido a Teresa que compartiera los pensamientos de su alma durante un retiro llevado a cabo en septiembre de 1896.

Este texto de quince páginas es verdaderamente hermoso. En él, Teresa narra que, aunque conoce su vocación de carmelita, esposa de Jesús, y así madre de las almas, y es feliz con ella, siente no obstante una especie de insatisfacción. Sus deseos de amar al Señor y servir a la Iglesia eran tan fuertes que hubiera querido abarcar todas las vocaciones, ¡con una no era suficiente para ella! ¡Hubiera querido también ser sacerdote para celebrar la misa con amor, predicador para recorrer el mundo entero, misionero, y también zuavo pontificio para defender al Papa! Y sobre todo ser mártir, pues es la manera más hermosa y suprema de expresar su amor por Jesús. Sin poder conformarse con una solo: ¡habría querido además conocer todas las formas posibles de martirio!

Teresa percibe que tales deseos son excesivos y busca una solución en la Escritura, como de costumbre. ¿Cómo es posible vivir todas las vocaciones? Parece una locura. Ella se basa en las palabras de san Pablo en la Carta a los Corintios, donde explica que los dones más perfectos no son nada sin amor. «Sin amor no soy nada» [44]. Lo que dice Pablo son palabras muy profundas: podría hablar todas las lenguas de los hombres y los ángeles, poseer la plenitud de la ciencia, despojarme de todos mis bienes y así sucesivamente, que sin amor, sin caridad, ¡no soy nada de nada!

Teresa, que en su texto expone una hermosa visión del misterio de la Iglesia –anticipando la del Vaticano II– concluye que, en el cuerpo místico de la Iglesia, lo que forma parte de todas las vocaciones es el amor, este amor que el Espíritu Santo quema en el corazón de los cristianos. Si el amor se extinguiera no habría más misioneros, ni predicadores, ni mártires... No habría más nada de nada en la Iglesia. Solo el amor es la vida del cuerpo entero de la Iglesia,

y si yo me esfuerzo en amar en mi pobre Carmelo de Lisieux, en este pequeño rincón de Normandía, si lo hago todo para amar, si lo hago todo por amor, estoy haciendo en cierto modo todas las vocaciones. En el amor residen todas las vocaciones. Es entonces cuando Teresa dice esta expresión tan hermosa: «Sí, he encontrado mi puesto..., en el corazón de la Iglesia mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!» [45].

No puedo hacer gran cosa, no puedo evangelizar, no poseo capacidades particulares, ¡pero yo seré el amor! Y con él haré todo lo que es indispensable para la Iglesia.

A modo de inciso, eso es muy alentador para nosotros. Cuando uno está enfermo, cuando uno es una persona mayor, cuando se tiene el sentimiento de no poseer demasiadas cualidades o talentos para poner al servicio de la Iglesia, cuando uno está tentado de sentirse inútil, debemos recordar lo siguiente: la única realidad indispensable para la Iglesia es el amor. Los diplomas, las competencias, las actividades tienen realmente su utilidad, pero lo que cuenta es el amor. Teresa hace referencia a san Juan de la Cruz, quien dijo: «*Es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas*» [46]. Sean cuales sean nuestros límites personales, nuestra situación, todos podemos amar allí donde nos encontremos, en la cocina, el cuarto de baño, la oficina, no importa, y de eso es de lo que más necesitada está la Iglesia, de amor verdadero. Tenemos demasiada consideración por el exterior, las obras, la eficacia aparente, mientras que lo único que cuenta realmente, que da sus frutos a la Iglesia, es la verdad y la pureza del amor, la sinceridad del amor, y eso

es lo que sobre todo debemos pedir a Dios y ponerlo en práctica.

Volvamos al tema. La hermana de la futura santa leyó entonces este hermoso texto. Redactó una pequeña nota para Teresa, puesto que en el Carmelo el voto de silencio les permitía comunicarse solo por escrito. Le dijo a su hermana, principalmente: tu texto es magnífico, no obstante me ha dejado cierta sensación de tristeza. Deseas arduamente el martirio, pero te confieso que ¡a eso que deseas, yo le tengo mucho miedo! «Yo temo lo que tú amas» [47], dice de manera expresa. En consecuencia, tengo mucho miedo de no llegar a amar nunca a Jesús tanto como tú y eso me entristece. Tú tienes deseos encendidos, ardientes, mientras que yo estoy muy lejos de experimentar algo así en mi corazón.

Teresa respondió rápidamente [48] a la breve nota, puesto que por nada del mundo quería que su hermana estuviera triste o desanimada durante más tiempo. ¿Qué le diría para ayudarla a salir?

Aquí tenemos la respuesta, que en mi opinión es muy importante. No voy a citar la carta completa sino algunos extractos:

*«Querida hermana: No encuentro la menor dificultad en responderte... ¿Cómo puedes preguntarme si puedes tú amar a Dios como le amo yo...? Si hubieses entendido la historia de mi pajarito, no me harías esa pregunta».*

Se trata de una imagen que Teresa utiliza en su primera carta, el manuscrito B, donde se compara con un débil pajarito incapaz de volar como las águilas, pero que deposita todo su espíritu en Jesús, el águila divina, que un día le dará sus propias alas.

Le dijo a su hermana: no son mis deseos encendidos, mi exaltación sensible, lo que cuenta realmente. Existe en efecto un deseo que es necesario, del que he hablado anteriormente, la buena voluntad. Pero hay también deseos sensibles, que pueden ser muy hermosos y fuertes, en particular los que Teresa atestigua cuando quiere vivir todas las vocaciones y aspira a mártir. No obstante, relativiza estos deseos, diciendo:

*«Mis deseos de martirio no son nada, no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón».*

Añade, además, que en ocasiones estos deseos pueden ser de riquezas espirituales que nos hacen injustos, *«sobre los que uno se apoya con satisfacción y creyendo que son algo muy grande»*. Cuando nos abordan fuertes sentimientos de exaltación espiritual, a veces podemos juzgar a los demás y creer que vamos por delante de ellos.

Explica que estos deseos son de hecho un fortalecimiento que Dios le ha dado, pues ella es débil. De vez en cuando necesita aliento, y Dios le hace experimentar ardientes deseos en el ámbito de la sensibilidad. Y continúa diciendo:

*«No, yo sé muy bien que no es esto, en modo alguno, lo que le agrada a Dios de mi pobre alma».*

¿No son estos los impulsos de exaltación que engrandecen a Dios? ¿Cuáles son entonces?

*«Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... Este es mi único tesoro, madrina querida, ¿por qué este tesoro no va a ser también el tuyo...?».*

Estas breves palabras son muy importantes. La misma Teresa las subraya, ya que ponen las cosas en su lugar. Teresa no reniega de lo que ha vivido y experimentado, ese momento de gracia y de exaltación, sino que ella es plenamente consciente de que eso no es lo principal, no es lo que la hace agradable a los ojos de Dios. Lo que a Dios le gusta de ella no es más que amar su pequeñez y su pobreza y tener fe ciega en la misericordia de Dios. La humildad y la confianza. Aquí tenemos, en cierto modo, lo que nos hace agradables a los ojos de Dios, lo que atrae sobre nosotros su gracia y nos permite ser el objeto de su ternura y su amor. «Este es mi único tesoro»... Que podría ser también el tuyo sin ningún problema. Posiblemente no siempre tengas grandes deseos, impulsos impetuosos hacia el martirio, pero en cambio amar tu pequeñez y tener una absoluta confianza en Dios, ¡¡¡eso siempre está a tu alcance!!! Puedes practicarlo sin problema.

Más adelante Teresa añade otras consideraciones también hermosas:

*«Es necesario aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas, y eso es precisamente lo difícil, pues “el verdadero pobre de espíritu ¿quién lo encontrará? Hay que buscarlo muy lejos”, dijo el salmista... No dijo que hay que buscarlo entre las almas grandes, sino “muy lejos”, es decir, en la bajeza, en la nada... Mantengámonos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a buscarnos, por lejos que nos encontremos, y nos transformará en llamas de amor...».*

Esto encierra una esperanza magnífica: Si aceptas tu pequeñez sin caer jamás en el desánimo, entonces el Señor

vendrá, Él mismo acudirá a buscarte, y te transformará en una llama de amor; es Él quien hará arder tu corazón de amor y caridad.

Por muy lejos que esté, por muy pobre que sea, por muy bajo que haya caído quizás...

Continúa:

*«¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento...! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al Amor...».*

El camino de Teresa es un camino de pequeñez, pero sobre todo es un camino de confianza. Esta es la característica más profunda de la infancia espiritual.

Ningún niño pequeño duda jamás del amor de su padre, porque le transmite una confianza plena. Los niños pequeños son increíbles en este sentido. Un papá puede subir a un niño sobre la mesa, apartarse y decirle: «¡salta!», y el niño saltará. Ni siquiera se planteará si su padre le cogerá o no, o si a lo mejor podría dejarle caer... Estos pensamientos no le invaden ni un segundo.

Esta confianza sin límites en la bondad y fidelidad de Dios es el corazón del camino hacia la santidad.

A la inversa, Teresa afirma en una de sus cartas que lo que más afecta a Dios, nuestros errores más graves hacia Él, son nuestras faltas de confianza: «*Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su corazón ¡es la falta de confianza!*» [49]. Lo primero que Dios espera de nosotros no es que seamos absolutamente perfectos, ¡eso sucederá poco a poco!, sino que nos fiemos de Él. Una confianza total.

Sé que esto no es fácil de llevar a cabo, puesto que todos tenemos heridas en lo que a confianza se refiere. Es la huella que el pecado original ha dejado en cada uno de nosotros: el

hombre desconfía de Dios, tiene miedo de Dios, le rehúye en lugar de tenerle fe ciega.

Teresa entendió a la perfección en qué medida la confianza atrae la gracia de Dios a nuestras vidas. Si mi actitud es de confianza puedo estar seguro de que estaré abierto al amor de Dios. Asimismo se requiere de buena voluntad, como ya he dicho, así como de humildad, obviamente, aunque la confianza tiene una fuerza particular. Teresa tenía especial devoción por unas palabras de san Juan de la Cruz: «...tanto alcanza de Él (el Amado) cuanto ella (el alma) de Él espera» [50]. ¡Recibe según tu fe!, decía a menudo Jesús en el Evangelio.

Esta confianza no es fácil de practicar, ya que todos tenemos nuestros miedos, nuestras inquietudes, nuestros tabúes, nuestras dudas y sospechas. El demonio cada día intenta hacernos dudar del amor de Dios. No solo acusa a los hombres ante Dios, sino que acusa a Dios ante los hombres. Podemos verlo en el libro del Génesis. Cuando Dios prohíbe a Adán comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, el demonio lanza dudas sobre Dios: le acusa de tener segundas intenciones, de negar al hombre las cosas que serían buenas para él.

El demonio siempre pretende sembrar la duda sobre el amor de Dios. El Espíritu Santo, en cambio, siempre alentará en nosotros la confianza en Dios. Es uno de los puntos fundamentales del caminito. Entre las gracias que podemos rogar a santa Teresa, pidámosle una mayor confianza en el Señor, en su fidelidad y su bondad.

Tanto si has sufrido como si alguna vez la vida te ha decepcionado, o si en determinados momentos has tenido la impresión de que Dios se ha alejado de ti o te ha abandonado, porque todos tenemos este sentimiento cuando

vivimos un tiempo de prueba... A pesar de todo esto, no dudes del amor de Dios, no dudes de su fidelidad.

Dale hoy, o vuelve a darle, *toda* tu confianza. Como un niño pequeño que da su confianza incondicional a su padre. No al cincuenta por ciento, ni al noventa y seis por ciento, sino al cien por cien...

Dios merece nuestra plena confianza, pues es el Padre. Es cierto que la sabiduría de Dios es misteriosa, la nuestra no siempre lo es. Él permite en nuestra vida, en la del mundo y de la Iglesia cosas que nos parecen sorprendentes, escandalosas, y querríamos que fueran de otro modo. Esto forma parte de nuestra lucha como seres humanos. Pero jamás dudes del amor de Dios.

En efecto, cuanto mayor sea tu confianza más experimentarás la fidelidad de Dios, más comprobarás en qué medida es cierto que todo contribuye al bien de quienes le aman, como dijo Pablo a los romanos [\[51\]](#).

## Capítulo 4

# Crecer en confianza

Hagámonos la siguiente pregunta: ¿qué significa ser pequeño? Tras recordar la humildad, hemos empezado a hablar de la confianza, el rasgo más fundamental de la pequeñez evangélica.

Teresa se refiere mucho a ello. La base de su insistencia sobre la confianza reside en el hecho de que Teresa redescubrió a Dios como Padre. En una época en la que se insistía sobre todo en la severidad y la justicia de Dios, donde el jansenismo todavía estaba presente en las mentalidades, se hacía necesario este redescubrimiento de la cara de Dios como el Padre misericordioso.

En ningún caso podemos objetar la justicia y la misericordia de Dios, ni eliminar la idea de justicia, pues Teresa encuentra una verdadera comprensión de estos atributos divinos. Detengámonos, a continuación, en lo que escribe de la justicia divina en una de sus cartas [\[52\]](#), citando versículos del salmo 103:

*«Sé también que el Señor es infinitamente justo. Y esta justicia, que asusta a tantas almas, es precisamente lo que constituye el motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no es solo ejercer la severidad para castigar a los culpables, es también reconocer las intenciones rectas y recompensar la virtud. Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia. Precisamente porque es justo, es “compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico*

*en clemencia. Pues Él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles”».*

Dios no se escandaliza de nuestras debilidades. En el momento en que sintamos en nosotros buena voluntad y confianza, estaremos seguros de agradarle.

Numerosos textos de Teresa revelan de una forma muy hermosa la percepción que tuvo de Dios como Padre, en qué medida «es grato llamar a Dios Padre nuestro» [53], y la gran luz que fue para toda su vida.

Es cierto que la vida familiar de Teresa contribuyó de manera importante en su descubrimiento de la paternidad de Dios. El padre de Teresa era un hombre excepcional, con quien ella vivió una hermosa relación filial. No todos hemos tenido la suerte de tener un padre como el señor Martín. Muchos de los aquí presentes habrán vivido relaciones difíciles con sus padres, en las que habrán podido sufrir la indiferencia, la falta de atención, o bien una severidad y dureza excesivas. Debemos reconocer que ser padre no es tarea fácil, como tampoco lo es ser justo en esta difícil aunque bella vocación. Los padres de la tierra son a menudo hombres frágiles y heridos, y por tanto los niños también lo son.

Pero en la relación con Dios, en la oración, en el descubrimiento de su amor paternal, podemos encontrar poco a poco la curación profunda. Creo que es uno de los principales frutos de la plegaria, en particular de la plegaria de la oración, la plegaria en silencio. Es un método privilegiado que nos da acceso al Padre.

Esta relación filial con Dios, que se expresa y se profundiza especialmente en la oración, no siempre es fácil de vivir hoy en día. Vivir como niños, en un mundo de

competencia despiadada, no es nada fácil. Debemos ser adultos, saber perder a veces, manteniendo sin embargo el corazón de un niño, un corazón que descansa en Dios, que se abandona en Dios. Él sabrá ser nuestro defensor. Él es nuestro Padre, es fiel. Con frecuencia nos agitamos, en lugar de contar con el Señor con confianza.

Un aspecto esencial de la vida espiritual es este trabajo de renovación de la confianza en nuestro corazón. Herido por el pecado original, en él habitan los miedos, las dudas, y su curación requiere mucho tiempo. Quizás nunca lleguemos a curarlo totalmente a lo largo de nuestra vida, pero al menos podremos llevar a cabo grandes progresos por esta confianza.

En cuanto a esto último, quisiera decir algunas palabras sobre lo que le permite crecer. Nuestra confianza en Dios es débil, frágil. ¿A través de qué medios concretos es posible alimentarla?

Un recurso muypreciado, que ya he comentado anteriormente, es la Sagrada Escritura. Engloba numerosas palabras del Antiguo y Nuevo Testamento que nos invitan a la confianza: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién puedo temer?» [54]. «No temas pequeño rebaño, ¡pues vuestro Padre ha querido daros el Reino!». «No temáis... ¿no se venden cinco pajarillos por dos blancas? ¡Pues ni uno de ellos está olvidado delante de Dios! Y además, los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; ¡pues sois de más estima que muchos pajarillos!». «¡Os aseguro que estaré siempre con vosotros, hasta el fin del mundo!» [55].

La Biblia nos ofrece muchas palabras de sosiego. En particular esta escuela de oración que son los salmos, con sus expresiones que hablan a todas las culturas. Ya seamos chinos, africanos o españoles, es un lenguaje universal, pues

es muy simple y concreto: el Señor es mi roca, mi defensa, mi refugio, mi fortaleza, etc. «Si me abandonaran mi padre y mi madre, me acogería el Señor». Este tipo de lenguaje podemos encontrarlo de la mano de profetas como Isaías: «Aunque se aparten las montañas y las colinas vacilen, mi amor no se apartará de ti».

Si nos falta confianza es porque no estamos lo suficientemente alimentados de la Palabra de Dios. Todos aquellos que frecuentan asiduamente la Escritura tendrán esta experiencia un día u otro, la de estar algo preocupados o desalentados, y con un versículo de la Escritura se recuperarán, la confianza les será devuelta, haciéndoles encontrar la paz. La Sagrada Escritura forma parte de los recursos más ricos, más hermosos y más eficaces de los que disponemos. Posee una fuerza y autoridad de la que toda palabra humana carece, y contribuye ampliamente a construir nuestra confianza en Dios. Esto supone evidentemente una perseverancia en la lectura y la plegaria de la Palabra.

Otra manera de fomentar la confianza es realizar actos de fe. La fe crece ejercitándose... ¿Qué es un acto de fe? Algo muy fácil. Estoy a punto de ponerme nervioso, dentro de quince días me someteré a una operación delicada, o mi hijo está pasando por un momento difícil, y le digo al Señor: confío en ti, te traslado esta situación, sé que tú te encargarás. En este sentido, podríamos dar miles de ejemplos. Creo firmemente en la eficacia de los actos de fe.

No se trata de una varita mágica que hace desaparecer todos los problemas, sino de esas pequeñas elecciones de confianza y de fe que tarde o temprano darán sus frutos. Quizás dentro de diez o veinte años, no importa. Adoro la imagen evangélica de la semilla de mostaza negra. Es el

grano más pequeño que existe, pero una vez sembrado termina convirtiéndose casi en un árbol. Todos estos actos de fe que parecen ser hechos en vano, pues sus resultados no se dan enseguida, son como semillas. Estas semillas, absoluta e indudablemente, darán su fruto a su debido tiempo. En cinco minutos, en diez años, no importa, dejemos actuar la sabiduría de Dios. Llevar a cabo estos actos de confianza no elimina las dificultades de la vida, pero nos permite experimentar la fidelidad de Dios que responde a nuestra confianza. «*La confianza hace milagros*», dijo santa Teresa. No siempre como nos imaginamos, de una manera a veces muy diferente a como la entendemos, pero Dios siempre termina respondiendo a nuestra confianza. Llevar a cabo estos actos de confianza nos hace vivir paulatinamente la experiencia de la fidelidad de Dios. Uno se da cuenta de que en una u otra situación, que parecía totalmente complicada, de repente las cosas se solucionan por sí solas de manera misteriosa. Creo firmemente en esto, es muy sencillo, pobre, pero a largo plazo es muy eficaz. La fe es la salvación, dice la Biblia, y esta afirmación es una realidad, no son solo palabras ni promesas electorales.

Otro hecho que favorece la confianza, y que ya he comentado anteriormente, es descubrir la verdadera cara de Dios. Y no un Dios tal y como lo imaginamos, fruto de nuestras proyecciones humanas y psicológicas, sino un Dios vivo y verdadero. En el libro de Job encontramos esta frase: «Antes te conocía solo de oídas, ¡pero ahora te han visto mis ojos!». Todos podemos ver a Dios, hermanos y hermanas, ver el verdadero mensaje de Dios. No forzosamente mediante éxtasis y visiones (¡nunca los he tenido!), sino a través del crecimiento en la fe. Es cierto que la Escritura dice que a Dios nadie puede verle; solo le veremos cara a cara en la otra

vida. No obstante, desde aquí abajo podemos vivir una verdadera experiencia de Dios, conocer a Dios. En el Antiguo Testamento, en el libro de Jeremías capítulo 31, encontramos un texto magnífico que habla sobre la Nueva Alianza que será realizada por el don del Espíritu: *«Esta es la alianza que estableceré con la casa de Israel después de aquellos días, oráculo del Señor. Pondré mi ley dentro de ellos y la inscribiré en sus corazones. Entonces yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Y ya no tendrán que enseñarse mutuamente, diciéndose el uno al otro: "¡Conoced al Señor!". Pues todos me conocerán, del más pequeño al más grande, oráculo del Señor, porque yo voy a perdonar sus crímenes y no me acordaré más de sus pecados».*

Este pasaje anuncia para todos el conocimiento de Dios más profundo, que inicialmente está vinculado a la revelación de su misericordia. El conocimiento más profundo de Dios que podemos tener en esta vida pasa por la experiencia de la misericordia divina, del perdón divino. Esta promesa de la Escritura es para nosotros, especialmente en la época actual. En la vida de hoy, si no vemos a Dios, si no conocemos a Dios, corremos el riesgo de desviarnos...

Afortunadamente, es Dios quien nos otorga esta seguridad: todos me conocerán, del más pequeño al más mayor. Yo diría además ¡sobre todo los más pequeños! En el Evangelio de san Lucas se cuenta que Jesús, exultante de júbilo en el Espíritu Santo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas a los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad. Mi Padre me ha entregado todas las cosas, nadie sabe quién es

el Hijo sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo» [56].

A través del Hijo se engendra la revelación del Padre. Dios quiere mostrar su rostro a los hombres. Que ha sido deformado por nosotros, siendo Dios tan acusado. Este es el drama del ateísmo: hemos tirado a Dios al cubo de la basura, acusándole de ser un enemigo del hombre, un obstáculo de su libertad, un Dios que oprime, etc.

Hoy más que nunca, Dios quiere revelarse a nuestros corazones de una manera sencilla, tranquila, en la oscuridad de la fe, pero de una manera más profunda, de modo que cada uno de nosotros pueda acceder a un conocimiento auténtico de su ser. San Juan de la Cruz dijo en el siglo XVI: «Siempre el Señor descubrió los tesoros de su sabiduría y espíritu a los mortales; mas ahora que la malicia va descubriendo más su cara, mucho los descubre» [57]. ¡Qué diría si viviera hoy! Personalmente estoy convencido de que Dios quiere revelarse más que nunca a todos nosotros, pequeños y pobres.

Uno de los caminos secretos más privilegiado de esta revelación es el misterio de la Virgen María. Es bueno constatar cómo María está presente hoy en la vida del mundo. Si nos encomendamos a ella, nos dejamos educar por ella, nos hace acceder a un conocimiento verdadero de Dios, pues nos introduce en la profundidad de la plegaria. Es así como Dios se revela, muestra su cara verdadera. He hablado con algunas personas sobre la experiencia de algunos videntes de hoy a quienes María se les aparece de forma regular porque ella les educa personalmente. Algunos piensan que han tenido mucha suerte. Sin duda, pero creo que de hecho María lo hace por todos aquellos que se lo han pedido, en lo invisible.

Si la creemos y nos ponemos totalmente en sus manos, ella nos educa y nos comunica un verdadero conocimiento de Dios.

La pequeña Teresa no se hubiera convertido en lo que es sin el ambiente de profunda devoción mariana en el cual creció durante su infancia. Es, claramente, un alma formada por María [58].

En el *Secreto de María* de Luis María Grignion de Montfort (se sabe en qué medida su doctrina mariana ha sido importante para el Papa Juan Pablo II), encontramos un pasaje hermoso que dice que Dios está en todas partes, que podemos encontrarle por doquier, pero que en María se revela a los pequeños y a los pobres de manera particular. *«No hay sitio en el que la criatura pueda encontrarle tan cerca y tan al alcance de su debilidad como en María, pues para esto ella bajó. En todas partes es el Pan de los fuertes y de los ángeles; pero en María es el Pan de los niños...»*.

En María, Dios es el alimento para todos los niños. Encontramos a Dios en su grandeza y su majestuosidad, su poder, su sabiduría que nos supera completamente, pero que al mismo tiempo es un Dios accesible, que no aplasta, no destruye, pues se da para ser nuestra vida.

Con motivo de la beatificación de los videntes de Fátima, Francisco y Jacinta, el Papa Juan Pablo II pronunció una hermosísima homilía, el 13 de mayo de 2000. Podemos encontrarla fácilmente en el sitio Internet del Vaticano.

El Papa comenta precisamente el evangelio al que acabo de hacer alusión: lo que Dios ocultó a los sabios y eruditos y reveló a los más pequeños, como estos niños de Fátima. El santo Padre evoca una experiencia que vivieron durante una de las apariciones de la Virgen: *«Entonces, de sus manos maternas vieron salir una luz que les penetró íntimamente, y*

*se sintieron sumergidos en Dios como cuando una persona – explican ellos– se contempla en un espejo».* El pequeño Francisco, cuando habló más tarde de esta experiencia, dijo: *«Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo».* Estuvieron inmersos en el fuego del amor divino, pero no un fuego destructor, sino que ilumina, que calienta, un fuego lleno de ardor y de vida. El Papa hizo a continuación un vínculo con el Antiguo Testamento y la experiencia de Moisés con la zarza ardiente. *«Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de su intermediario: “Yo estaré contigo” [59]. Los que acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en “zarza ardiente” del Altísimo».*

Es conmovedor ver cómo los jóvenes niños de Fátima han vivido al fin y al cabo algo similar a esta gran figura de la historia santa, en tanto ignoraban tantas cosas. Cuando la Virgen les pidió que rezaran por Rusia, al principio creyeron que la tal «Rusia» era una mujer de mala vida ¡por la que era necesario interceder! Estos niños tan sencillos fueron introducidos por María en una experiencia muy profunda de Dios vivo.

No debemos ser celosos. Evidentemente no vivimos lo mismo en lo que a sensibilidad se refiere, pero en el ámbito de la fe todos tenemos acceso a las mismas realidades, y a conocer a Dios, los más pequeños y los mayores, para convertirse así en «zarza ardiente del Altísimo». Es la promesa de la Escritura: *«En ese momento, derramaré mi Espíritu sobre toda carne» [60]. «El país se inundará del conocimiento del Señor, así como las aguas cubren el mar» [61].*

Esta es la promesa de Dios para los últimos tiempos. Y nosotros estamos ahí... Marthe Robin, una gran mística francesa, anunció un Pentecostés de amor y de misericordia en el mundo entero. Y ha comenzado. No debemos caer en especulaciones sobre el fin del mundo pues siempre ha sido peligroso. Posiblemente la Iglesia perdure aún más tiempo, pero sentimos de manera innegable la existencia de una urgencia espiritual, porque el mundo está sufriendo a múltiples niveles. La crisis económica solo es un síntoma leve, pues existen otras cuestiones mucho más graves. Es el caso de los jóvenes que están perdidos, que no encuentran el sentido de sus vidas, que se abandonan a las conductas más aberrantes y más destructoras, que se dejan llevar por las modas más estúpidas y las peores adicciones. Teresa de Ávila dijo: «El mundo está en llamas, no es el momento de tratar asuntos de poca importancia».

Sin embargo, frente a todo esto no debemos inquietarnos. Al contrario, debemos ser cada vez más niños pequeños llenos de confianza, en un total abandono, en una paz muy profunda. María es la Reina de la Paz, y cuanta más crisis hay en el mundo más debemos estar en paz, acoger la paz de Dios. Porque estamos seguros de su amor, de su fidelidad. Debemos ser conscientes de la situación actual del mundo, y en ningún momento quisiera caer en un lenguaje catastrofista que pudiera suscitar miedos. Al contrario, pues nuestro peor enemigo es el miedo. No tengáis miedo, no temáis, es lo que Jesús no cesa de decirnos. Pablo afirma: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en nuestra contra?» [62]. Y Dios está por nosotros, lo ha demostrado dando a su Hijo, que murió por nosotros, mientras nosotros todavía seguimos siendo pecadores, como así dijo en la misma epístola a los romanos [63]. Pero no hay que preocuparse,

sino ser más confiados y estar tranquilos. Para esto, sin embargo, es necesario enraizarse en Dios para vivir de su amor, de su Palabra, y dejar que Dios nos revele su rostro de Padre, con el fin de acceder a la verdadera libertad de los niños de Dios.

En este sentido, la vida de plegaria es muy importante. Lo que más necesita la Iglesia es la plegaria, la adoración. Sé que esto no siempre es fácil de llevar a cabo con el ritmo de vida actual, pero necesitamos encontrar tiempo para la oración. Reservarse un tiempo para abrir nuestro corazón a Dios. Faltan lugares en los que el Santo Sacramento esté expuesto, donde podamos tener y dedicar nuestro tiempo para la adoración. Hoy, gracias a Dios, hay algunas parroquias en las que el Santo Sacramento está expuesto las 24 horas del día.

Dios no pide lo mismo a todo el mundo, pero es necesario un mínimo de fidelidad a la plegaria, que cada uno debe descubrir. Cuando tengamos la ocasión, consagremos más tiempo a la plegaria, a la adoración, no es tiempo perdido, al contrario, es la respiración del mundo. ¡No hay nada más ecológico que la oración!

La naturaleza no es lo único que debe salvarse. Hoy por hoy, la principal especie en peligro no son los osos polares sino la especie humana. Debemos proponernos salvar a los osos polares, a las criaturas de Dios que son tan hermosas, a las tiernas crías de los osos, pero sobre todo debe salvarse al hombre, y el hombre se salvará mediante la plegaria. Asimismo disponemos efectivamente de todas las obras del apostolado de caridad, pero deben nacer de la oración, de la contemplación. No todo el mundo puede asistir durante horas a la Iglesia, pero cada uno de nosotros deberíamos hacer cuanto esté en nuestra mano. Si en nuestra vida dedicamos un poco menos de tiempo a la televisión y un

poco más a la plegaria, estaremos más en paz. ¡Personalmente creo que por cada hora de telediario, haría falta al menos una hora de adoración, para poder digerir todas las noticias, no siempre alegres, en las que estamos inmersos!

Que cada uno haga lo que Dios le pida en este sentido. Sé que no es fácil, la fidelidad a la oración requiere de grandes esfuerzos, pero merece la pena. Para ello es necesario establecer un ritmo, pues la vida está formada de ritmos. En nuestra vida debe haber buenos hábitos, así como momentos dedicados a la oración, puntual y nada más, de manera incuestionable, una decisión firme. Esto requiere una lucha inicial, pero a continuación encontraremos mucha alegría.

Una de las dificultades a las que nos enfrentamos es la siguiente. Cuando nos tomamos nuestro tiempo para la oración, a veces transcurre de manera muy agradable, aunque no siempre es así. Cuando se está ante el Santo Sacramento durante media hora o una hora, a veces el momento es muy hermoso, muy agradable; se puede sentir una gran felicidad, una felicidad que no pertenece a este mundo; pero se puede vivir asimismo como un momento aburrido, en el que el tiempo pasa lentamente... Se pueden encontrar muchas pobrezaas, distracciones, ¡pues cuando uno está solo ante Dios misericordioso en el silencio es cuando reaparecen todos los problemas! Los recuerdos del pasado, la incertidumbre por el futuro, todo lo que no va en nuestra vida, todo lo que nos altera, todo eso aflora a la superficie. No tiene nada de agradable, pero es necesario perseverar, y tarde o temprano sucederá algo muy hermoso...

Lo que sucede con la plegaria obedece sin duda a leyes muy flexibles e imprevisibles, pero la idea principal que voy a explicar permanece. Si somos fieles, poco a poco se nos

dará la paz, porque Dios es un océano de paz, y Él nos la comunicará. Y todas estas pobrezaas que surgen, Dios nos concederá la gracia para aceptarlas. Se da un trabajo de reconciliación consigo mismo, uno de los frutos de la plegaria.

Podría establecerse una pequeña comparación para explicar aquello que recibe o le llega a quien es fiel a la oración, día tras día, semana a semana. Es como aquel que tiene un pozo en su jardín, un pozo tapado. Sobre el pozo hay ramas, hojas, piedras, barro, pero en el fondo está el agua, un agua muy pura. Orar es esto: aceptar con paciencia para profundizar en el pozo. Lo que sale primero son precisamente el barro, la suciedad: nuestras miserias, preocupaciones, miedos, nuestras culpas y todo lo que queráis. Todo esto emerge, todo lo que habitualmente intentamos evitar. Son muchos los que huyen de sí mismos. ¡Existe un miedo insuperable al silencio actualmente! Pero si tenemos el valor de avanzar por el desierto terminaremos encontrando el oasis. No pasaremos a otro ejemplo, retomaremos el de los pozos. Profundizo, al principio no es agradable ya que me enfrento a mis límites y pobrezaas humanas, pero si persevero terminaré agotando la fuente. Descubro con felicidad que en lo profundo de mi corazón habita una fuerza muy pura, la presencia de Dios que reside en mí. Aunque sea un pobre pecador, al adentrarme en lo más profundo de mi corazón mediante la plegaria, encuentro pureza, claridad. Solo la plegaria permite acceder hasta lo más profundo del corazón. La psicología, al igual que el psicoanálisis, solo permanece en la superficie. A veces su uso es necesario, pues permite alcanzar cierto grado de limpieza, pero lo único que nos garantiza acceder a nuestro corazón

profundo, a nuestra identidad más interior, al niño de Dios que somos, son la fe y la plegaria.

Nos ayudan a descubrir esta presencia íntima de Dios en nosotros, esta fuente pura y abundante, a partir de la cual somos lavados y renovados. Descubrimos la cara verdadera de Dios, Dios en su paternidad, su misericordia, su amor incondicional y absoluto. Nosotros descubrimos, simultáneamente, nuestro profundo ser. Es por fidelidad a la oración que entramos en una verdadera experiencia de Dios y un conocimiento real de nosotros mismos. Toda la vida cristiana, en sus diversas dimensiones, es efectivamente parte implicada de este proceso, en el que se dan altibajos; no es una varita mágica. Pero, a largo plazo, la fidelidad a la oración transforma nuestra vida en profundidad. Las hermanas que nos acogen aquí dedican dos horas diarias a la oración [64]. En mi comunidad, destinamos una hora diaria de adoración en silencio. Para otros esto será un poco menos, quizás solamente un cuarto de hora, pero esta fidelidad es necesaria para todos.

Puedo ofreceros un testimonio personal. En un momento de mi vida, hacia los veintitrés, iba por el mal camino, me encontraba verdaderamente confundido. Entonces decidí realizar un retiro de una semana en un monasterio cisterciense, y solo sentí una cosa: que Dios me pedía que dedicase a la oración un cuarto de hora todos los días. Pero esto debía ser «sagrado», no se podía tocar. A veces, al volver a las dos de la madrugada de una salida con mis amigos, dedicaba a pesar de todo ese cuarto de hora a la oración, si no había podido hacerlo antes a lo largo del día. Tuve una gracia de fidelidad; Dios se apiadó de mí. Experimenté que poco a poco ese tiempo de oración había cambiado mi vida. Recuperé la paz y la confianza perdidas. Progresivamente

este cuarto de hora se convirtió en más tiempo, y Dios me condujo a través de esta vida de plegaria.

Dios no nos pide solo «rezar», nos pide que oremos sin cansarnos, sin desanimarnos [65]. Una oración fiel. Ya sabéis en qué medida Teresa de Ávila (¡aprovecho la ocasión de estar dirigiéndome a españoles!), insiste en la determinación de ser fiel a la oración, a la plegaria personal, ese «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» [66]. Afirma algo importante: el que practica la oración no se convierte en santo enseguida, caerá de vez en cuando, pero siempre tendrá fuerza para levantarse, y con cada caída se hará más grande [67]. Pidamos esta gracia de fidelidad a la oración, en nuestras comunidades parroquiales u otras, y para nosotros mismos personalmente. Que haya en particular más lugares de adoración en la Iglesia. Estoy convencido de que gracias a esto cambiarán mucho las cosas. Todas las grandes renovaciones espirituales, así como las grandes transformaciones de la sociedad, empiezan por la renovación de la plegaria. Plegaria conjunta, litúrgica, carismática, pero sobre todo oración personal. Si la renovación carismática no termina en renovación mística, no sirve para nada. Mística no significa experimentar cosas extraordinarias, significa establecer una intimidad con Dios, una experiencia personal de Dios, así de fácil, lo repito, en la fe, pues es lo que nos permite vivir verdaderamente de Dios y dejarnos conducir por Él. Cuando consideramos la vida de oración de Teresa de Lisieux, observamos que la mayoría del tiempo era muy sencilla, incluso pobre; no era como Teresa de Ávila que experimentaba éxtasis o visiones permanentes. Teresa de Lisieux tuvo dos o tres momentos de grandes gracias especiales en la oración, pero en general su vida era

muy sencilla, incluso con ciertas carencias. Pero poco importa: ¡Aquí estoy, aquí está Dios, y eso es suficiente!

Existe un texto hermoso en el que Teresa expresa su experiencia en este sentido. Habitualmente su oración transcurría de manera normal, no experimentaba iluminaciones ni sensaciones particulares. Pero, debido a su fidelidad, aparte del momento de la oración, recibió las iluminaciones que necesitaba:

*«Comprendo y sé muy bien por experiencia que “el reino de los cielos está dentro de nosotros”. Jesús no necesita libros ni doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, en cada instante me guía, y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde estas luces me abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día...» [68].*

Pienso que este texto es muy significativo. Así es como suceden las cosas a menudo en nuestra vida. Durante el tiempo de oración no ocurre nada extraordinario aparentemente, pero, debido a nuestra fidelidad, Dios nos instruye en secreto, deposita cosas en nosotros sin que seamos conscientes de ello. Y cuando necesito dar un consejo a alguien, cuando debo tomar una decisión, recibo una iluminación, en ese preciso momento.

Con esto quiero decir que, aunque la plegaria sea un poco insensible, jamás debemos desanimarnos. Dios introduce en secreto los tesoros en nuestro corazón para los momentos en los que los necesitemos. En el fondo, esto es lógico: no

necesitamos grandes iluminaciones en la oración, las necesitaríamos en la acción, en la decisión. En la oración basta con estar ahí, ponernos con humildad en presencia de Dios. «Él me mira y yo le miro», dijo un buen hombre paisano de Ars, que todos los días pasaba un momento por la Iglesia, y al que su santo sacerdote interrogaba sobre su forma de rezar.

Estoy convencido de que hoy Dios concede muchas gracias de plegaria de este tipo, simple y profundo, puesto que su intención es revelarse y renovar a su pueblo.

Que la pequeña Teresa nos conceda la gracia de fidelidad a la oración, según lo que Dios desea de cada uno. Que cada uno pueda comprender lo que se le pide, que la fidelidad diaria o quincenal a la cita con el Señor es necesaria hoy. ¡Dios nos espera, no le dejemos solo!

## Capítulo 5

# La misericordia infinita de Dios

Una persona me hizo la siguiente pregunta: ¿cómo combinar la actitud de infancia a la que Teresa nos invita, con la necesidad de sobrevivir en un mundo donde la fragilidad y la debilidad pueden dejarte fuera de juego rápidamente?

En mi opinión, creo que no solo es necesario sobrevivir, sino vivir en este mundo, de manera positiva y confiada. Añadiría además que nunca ha sido fácil practicar el Evangelio en sociedad. Pensemos en los primeros cristianos a quienes, inmersos en un universo pagano, no les resultaba nada fácil. Jesús evoca en el Evangelio esta situación permanente de tensión entre los valores cristianos y los de la sociedad, cuando dijo: «*Os envío como ovejas en medio de lobos!*». ¡Con todo realismo! Esto no significa que uno vaya a dejarse devorar sistemáticamente; Dios sabrá ser a menudo nuestro protector y nuestro refugio. Jesús añade en el Evangelio de san Juan: «*En el mundo tendréis que sufrir, pero tened valor, pues he vencido al mundo*». No se trata de despreciar al mundo tal cual, sino de permanecer alerta frente a lo que es malvado en el espíritu del mundo, y sobre todo saber que Jesús lo ha vencido. Jamás debemos perder la confianza.

La consigna base que Jesús da a estas ovejas enviadas en mitad de los lobos es la de ser «*astutas como serpientes y candidas como palomas*» [69]. Es necesario, pues, intentar poner en práctica las dos actitudes. Por una parte la

sabiduría, la inteligencia, no decir cualquier cosa a quien sea, saber a veces protegerse, o más bien proteger aquello que nos espreciado y bello, ser lúcidos, adultos, emprendedores en el mundo actual. Pero guardar un corazón puro al mismo tiempo, un corazón de niño. Teresa dijo a Jesús en una de sus poesías: «*Como un niño pequeño quiero amarte, como un bravo soldado luchar quiero*» [70]. En este mundo hay que luchar, pero manteniendo el corazón puro, y esto es posible. No dejemos que se instalen en nosotros reacciones negativas como el miedo, la inquietud, los mecanismos de defensa, la amargura, el resentimiento, los intereses egoístas, o incluso las dobles actitudes de cálculo político... ¿Cómo es posible esto? Poniendo en práctica el mensaje de Teresa: la simplicidad, el abandono confiado, la humildad, la fidelidad a la plegaria... Dios guarda nuestro corazón cuando se lo volvemos a entregar una y otra vez. Lo purifica, lo renueva, lo calma.

Cuando Jesús envía a sus discípulos a una misión les dice a la vez: «guardaos de los hombres» [71] y «no les tengáis miedo» [72]. Sed prudentes y no caigáis en el miedo. Les pide que vayan en la pobreza, la precariedad, sin llevar dinero ni túnica de muda, y les dice además algo mucho más profundo, que no destacamos lo suficiente: «*Nada podrá haceros daño*» [73].

Incluso en un mundo difícil y marcado por el mal, nuestro corazón puede seguir siendo puro si pertenece a Dios, si ama a Dios y practica lo que hemos visto estos días. No siempre es cómodo, pero sí posible, y Dios proporciona su gracia en función de sus dificultades. Cuando los tiempos son más duros, las gracias son más abundantes y mayores. Hoy hay gracias muy grandes de conocimiento de Dios, de escucha de la Palabra, como he comentado anteriormente.

Tengamos una gran confianza. Cuando atravesemos momentos de inseguridad e inquietud, leamos el salmo 22: «*El Señor es mi pastor, nada me falta... así aunque camine por valles oscuros de sombra de muerte, nada temo*». Y sepamos que lo que contribuye a mantener nuestro corazón puro es la confianza y la esperanza.

Ahora quisiera retomar el hilo de nuestra meditación sobre la experiencia espiritual de Teresa y el descubrimiento del «caminito». Teresa quiere ser una santa, quiere amar a Dios con todo su ser, servir a la Iglesia y al mundo, se siente pequeña, impotente, busca un ascensor para subir hasta Dios, en otras palabras, busca las actitudes que le permitirán la gracia de Dios para llevarla allí donde no podría llegar por sus propios medios.

Hemos mencionado algunas de estas actitudes: la humildad, la aceptación de su pequeñez, así como la confianza, una «*esperanza ciega en la misericordia de Dios*», según la expresión de una carta de Teresa que hemos citado [\[74\]](#).

Volvamos al tema de la confianza. Hemos visto cómo debe nutrirse esta confianza. Es frágil, pero puede crecer mediante la escucha de la Palabra, la plegaria, los actos de fe por los que pasamos en los momentos difíciles, la experiencia de la fidelidad de Dios.

Ahora quisiera remarcar algo muy simple, pero de gran envergadura, a partir de la siguiente pregunta: ¿Cuál es el fundamento de nuestra confianza? ¿En qué se basa realmente?

Es vital que esta confianza sea realmente confianza en Dios. A veces nos hacemos alguna ilusión al respecto. En una carta que ya hemos citado, Teresa decía, hablando de sus grandes deseos, de su fervor sensible, que «*no son ellos los*

*que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón».* Tiene pues el cuidado de precisar que el fundamento de su confianza no está en ella misma, en sus deseos, sus cualidades, sus virtudes, sino que está únicamente en Dios.

En nuestra vida a veces puede darse lo siguiente. Consigo practicar el bien, soy una persona buena y honesta, y entonces tengo mucha confianza en Dios; no hay ningún inconveniente al respecto. Y entonces un momento difícil llega a mi vida, caigo por ejemplo en una falta inmensamente humillante. O tomo una decisión errónea, un poco desagradable, sobre todo cuando los demás se dan cuenta de ello. Me enfrento a mis errores... Me sumerjo entonces en un momento de tristeza y desaliento, y mi confianza en Dios desaparece, ¡se funde como la nieve al sol!

¿Qué significa esto? Lo que yo llamaba confianza en Dios era de hecho confianza en mí mismo. Si, cuando todo va mal, la confianza desaparece, esto demuestra que el fundamento de la confianza está en mí, en mis obras. El desánimo es un síntoma evidente de que hemos puesto la confianza en nosotros mismos y no en Dios.

Si mi confianza recae verdaderamente en Dios, aunque yo esté bien o esté mal, aunque esté satisfecho o descontento de mí mismo, mi confianza no debería cambiar... El amor de Dios no está sujeto a eclipses. Es fundamental que nuestra confianza no recaiga en nuestros éxitos personales, sino que lo haga únicamente en el amor de Dios, su ternura, su infinita misericordia, en el hecho de que Él es nuestro Padre y que jamás podrá abandonarnos. Si no es así, jamás seremos verdaderamente libres, siempre tendremos cierto temor al rechazo, miedo a nuestras debilidades, y a fin de cuentas estaremos constantemente centrados en nosotros mismos en lugar de estar centrados en Dios...

En la vida espiritual se da una tentación bastante sutil, pero muy frecuente: con el pretexto de querer ser perfectos, nos examinamos demasiado, nos evaluamos, buscamos medir nuestros progresos, teniendo como consecuencia habitual dejar planear sobre nuestra vida una especie de descontento y de tristeza permanentes, porque no estamos plenamente satisfechos con lo que somos. Esta actitud solo sirve para centrarnos en nosotros mismos, cuando deberíamos abandonarnos en Dios, con confianza apasionada. Terminamos ocupándonos más de nosotros mismos que de Dios. La única forma de olvidarse realmente de uno mismo es depositar toda la esperanza en Dios. Lo que no significa que debamos dejar de examinar nuestra conciencia, ya que es necesario. Pero sí es conveniente evitar que esto degenera en una visión triste de uno mismo. El medio más seguro de aclarar nuestra conciencia y distinguir nuestro verdadero pecado es mirar a Dios, tomar su Palabra como nuestro espejo [75].

Antes de pasar a otro punto, vamos a leer un texto de Teresa sobre este tema de la confianza. Es un extracto de una carta al abad Bellière [76], uno de sus dos «hermanos espirituales», esos padres por los que le fue pedido que rezara, y con quien intercambió correspondencia muy interesante en la que les comunicaba su «caminito». Este texto nos muestra cómo Teresa descubrió a Dios como Padre, y en qué medida es la confianza la que nos hace agradables a Dios y la que atrae sus gracias.

*«Quisiera tratar de hacerle comprender con una comparación muy sencilla cómo ama Jesús a las almas que confían en él, aun cuando sean imperfectas. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviesos y*

*desobedientes, y que, al ir a castigarles, ve que uno de ellos se echa a temblar y se aleja de él aterrorizado llevando en el corazón el sentimiento de que merece ser castigado...».*

Esta es la actitud del primer niño. La del segundo, ¡es más astuta pero de buenas maneras, como vamos a ver!

*«...y que su hermano, al contrario, se arroja a los brazos de su padre, diciendo que lamenta haberle disgustado, que le quiere y que para demostrárselo será bueno de ahora en adelante...».*

Pero no termina aquí:

*«Además, si este niño pide a su padre que le “castigue” con un “beso” [77], yo no creo que el corazón de ese padre afortunado se pueda resistir a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce».*

Efectivamente, el amor del niño debe ser sincero, con un verdadero deseo de mejorar. Pero también tiene esta confianza atrevida [78]...

*«Sin embargo no ignora que su hijo volverá a caer en las mismas faltas pero está dispuesto a perdonarle siempre, si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez con el corazón...».*

Asimismo debemos «tomar a Dios por el corazón», atraer su gracia y su perdón mediante la confianza. Dios no se resiste a la confianza de sus niños. Esta confianza debe nacer efectivamente de un amor sincero y verdadero, pues podemos obtenerlo todo de Dios mediante la confianza, en particular el perdón y la misericordia que tanto necesitamos,

pues somos pecadores, nuestros corazones son duros y nosotros no amamos lo suficiente.

Creo que a partir de este hermoso texto de Teresa podríamos obtener una enseñanza sobre la confesión, que es el sacramento de la misericordia, el cual necesitamos de manera fundamental; pues es una lástima que numerosos cristianos no se confiesen con asiduidad. Se privan de una experiencia muy profunda de la misericordia de Dios, de esta ternura del Padre de la que Teresa nos habla. La confesión, cuando se vive correctamente, en un ambiente adecuado, es un medio privilegiado que nos ayuda a redescubrir el verdadero rostro de Dios, su amor infinito, su perdón, su generosidad y su paciencia increíbles para con nosotros.

Para confesarnos adecuadamente debemos empezar con un sentimiento verdadero de arrepentimiento, reconocer el mal del que somos culpables, y no justificarnos o acusar a los demás. En vez de buscar mil excusas atenuantes, decir: sí he pecado, mi corazón ha sido duro, he sido orgulloso, he menospreciado al prójimo, he buscado mi propio placer a expensas de los demás, he olvidado a Dios y así sucesivamente, todos los pecados de los que pueda ser consciente. Es necesario el arrepentimiento, un arrepentimiento sincero de nuestras faltas. Un arrepentimiento que no se mide por la emoción, sino por el deseo sincero de convertirse. Una sentencia de los padres del desierto dice que ¡aquel que lamenta su pecado es más grande que aquel que resucita de entre los muertos! En las bienaventuranzas encontramos esta frase: «Bienaventurados los que lloran pues serán consolados». Puede aplicarse a muchos tipos de lágrimas, concretamente a las lágrimas de arrepentimiento.

Jesús nos dice: el que se humilla será ensalzado. Como ese publicano que permanecía alejado en el templo y decía: «¡Señor tened piedad de mí pues soy un pobre pecador!» [79]. Este hombre se justificó, se salvó, se curó y se renovó profundamente, solo porque reconoció su pecado de manera clara y sincera. Un verdadero arrepentimiento es una gracia inmensa, pues lleva a la felicidad, la felicidad de ser purificado, liberado, de recibir un corazón nuevo, una nueva libertad para amar.

Tras el arrepentimiento se pide perdón. Después recibimos el perdón a través de la palabra del sacerdote. Dicho sea de paso, cuando nosotros, los sacerdotes, tenemos la ocasión de decirle a alguien: «¡Yo te absuelvo de tus pecados!», es un momento realmente hermoso. Cuando estamos frente a alguien que sufre por sus miserias, que a veces se siente agobiado por su culpabilidad, poder pronunciar esta palabra de liberación, esta palabra de gracia que transforma verdaderamente el corazón de la persona, es una gran alegría.

No solo es necesario pedir perdón, sino también recibirlo, creer en el perdón recibido. A veces no tenemos confianza en ello. He llegado a escuchar a personas decirme: ¡este pecado lo he confesado tantas veces y todavía no me siento perdonado! Se trata de una carencia de fe. ¿Qué dice la Escritura? «No me acordaré más de sus pecados» [80]. «Has arrojado tras tus espaldas todos mis pecados» [81]. ¿Por qué es necesario que recuerdes cosas que Dios ha perdonado u olvidado? Jamás debe ponerse en duda el perdón de Dios. En el plano psicológico, a veces podrán darse recuerdos dolorosos que persisten, sentimientos de culpabilidad de los que es difícil deshacerse por completo. Pero el fondo de nuestra alma ha sido purificado totalmente y podemos

empezar de cero, con total libertad y plena confianza, como si nada hubiera sucedido. *«El recuerdo de mis faltas me humilla, me lleva a no apoyarme más en mi fuerza, que no es más que debilidad, pero sobre todo este recuerdo me habla de misericordia y amor. Cuando uno arroja sus faltas, con confianza enteramente filial, en la hoguera devoradora del amor, ¿cómo no van a ser consumidas para siempre?»*, comenta Teresa en una carta al abad Bellière [82].

Al final, la etapa de la confesión que quizás sea las más bonita es aquella que Teresa evoca en su parábola de los dos niños. Tras arrepentirme profundamente de mi pecado, pedido y recibido el perdón (y cumplida la penitencia, por lo general bastante leve, que me fue propuesta, como signo de mi determinación por cambiar), doy gracias al Señor y le digo: «¡castígame con un beso!». Dicho de otra forma, con una nueva fusión de tu amor. Cada confesión es un pequeño Pentecostés, una efusión del Espíritu. *«Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará; de todas vuestras inmundicias e idolatrías os purificará. Y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo, arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne»* [83], dice Ezequiel. ¡Efusión del Espíritu que purifica y que confiere un corazón capaz de amar! Esta transformación interior es fruto del sacramento de la reconciliación, y sería una lástima que nos priváramos de ello.

Al final de su último manuscrito autobiográfico, Teresa escribe a lápiz, pues el cansancio era un síntoma de su enfermedad: *«Sí, estoy segura, incluso si tuviese sobre la conciencia todos los pecados que puedan cometerse, iría con el corazón destrozado de arrepentimiento a lanzarme en los brazos de Jesús, porque sé cuánto ama al hijo pródigo que vuelve a él»* [84]. Añade de manera oral a su hermana la

madre Inés, para que pase el mensaje: *«Podría creerse que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado. Madre mía, di muy claro que, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida»* [85].

Aunque tuviera conciencia de haber cometido todos los pecados del mundo, mi confianza sería la misma. Pues se trata de la confianza en Dios, y no en mis propias obras. Hay que hacer todo lo posible para evitar el pecado, y cuando tengamos la conciencia de haber pecado debemos pedir perdón a Dios. Para ello es conveniente confesarse de manera regular, por lo menos una vez al mes si es posible. Y siempre debemos hacerlo con una inmensa confianza en la misericordia de Dios. El perdón de Dios no tiene límites.

Hemos considerado largo y tendido los aspectos principales del caminito de Teresa, la humildad y la confianza. Otras actitudes que también evoca son igual de importantes. Hablemos brevemente de ellas.

Una expresión esencial de la confianza es el abandono. *«Ahora solo me guía el abandono, ¡no tengo otra brújula!»* [86]. *«Jesús se complace en mostrarme el único camino que lleva a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre...»* [87]. En la noción de abandono reside a la vez la de «ceder» (no aferrarse a tal o cual proyecto, a tal o cual manera de ver o hacer; aceptar no controlarlo todo en nuestra vida), y también la de entregarse a Dios, de contar con Él como un niño. Sean cuales sean las circunstancias de la vida, los momentos que vivamos, abandonarse en manos del Todopoderoso. El abandono es una de las expresiones de

amor más bellas. Si sé que alguien me ama profundamente y me respeta, encuentro una gran felicidad al abandonarme totalmente a ella. Sepamos así abandonarnos en Dios, en los momentos de alegría así como también en los momentos difíciles. *«Estoy segura de que, si por un imposible, encontraras un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandone con plena confianza a tu misericordia infinita»*, dice Teresa al final del manuscrito B.

Otro aspecto importante de la espiritualidad del caminito es vivir el momento presente. No darle vueltas al pasado, sino abandonarse en Dios y su misericordia. No atormentarse por el mañana, sino confiarlo a su providencia. El Evangelio es realmente claro en este punto: *«Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o beberéis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis... ¿Quién de entre vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?... Vuestro Padre celestial sabe que vosotros necesitáis todo esto...»*.

La preocupación jamás ha resuelto ningún problema. Lo que resuelve problemas es la confianza, la fe. *«De verdad os digo, si tuvieseis fe como un grano de mostaza, diríais a esta montaña: Muévete de aquí a allí, y se movería, y nada os sería imposible»*.

Evidentemente se trata de una imagen. Pues es una invitación apremiante a tener más fe. *«Que si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¡cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe!»*, dice Jesús.

La vida no es por sí misma demasiado problemática, es el hombre quien carece de fe... Nunca dije que la existencia fuera a ser siempre fácil. A veces es muy pesada; con

frecuencia nos sentimos heridos y escandalizados por lo que sucede en nuestra vida o en la de los demás. Pero afrontemos todo esto con fe e intentemos vivir, día tras día, con confianza en que Dios cumplirá sus promesas. La fe nos llevará a la salvación.

*«Buscad primero su Reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. No os preocupéis por el día de mañana: mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le bastan sus propios problemas».* ¿Qué quiere decir esto? Hoy, busca vivir de manera justa, según la lógica del Reino, en la confianza, la sencillez, la búsqueda de Dios, el abandono. Y Dios se ocupará del resto...

Día a día. Es muy importante. Lo que nos agota a menudo son todas esas vueltas al pasado y el miedo al futuro; mientras que cuando vivimos en el momento presente, de manera misteriosa, encontramos la fuerza. Lo que tengo que vivir hoy, tengo la gracia para vivirlo. Si mañana debo hacer frente a situaciones más difíciles, Dios incrementará su gracia. La gracia de Dios se da al momento, día a día. A veces nos gustaría poder reservarla, crear «almacenes» de fuerza. Pero no es posible. Observad la imagen del maná que alimentó a los hebreos en el desierto; cuando pretendieron almacenarlo se pudría. Dios lo daba cada día, en la justa medida, ni más ni menos, y tenía el mejor sabor que a cada uno le convenía. Cuando decimos «pan nuestro», lo que pedimos no son grandes reservas (¿qué haríamos con ellas?), sino que simplemente pedimos el pan de este día, y Dios nos lo da, por lo que no es necesario preocuparse.

Un padre dominico me dijo: «Lo que me agota no es el trabajo que llevo a cabo, ¡sino el que no llevo a realizar!». A menudo estas son las preocupaciones que nos debilitan. Al contrario, cuando se vive el momento presente, en el

abandono, en la confianza en el Señor, nos es dada una fuerza que nos permite vivir día tras día, y empezar de nuevo todas las mañanas. Olvidándonos del camino recorrido, como dijo san Pablo, hoy he elegido creer de nuevo, he elegido tener confianza, he elegido amar. Y mañana volveré a empezar, sin preocuparme... Esto es la vida espiritual.

Vivir el momento presente supone aceptar la debilidad: renunciar a rehacer el pasado o dominar el futuro, contentarse con el presente. Pues es muy liberador. Dios no se mide por su gracia como en una especie de balance contable del pasado, de las buenas y malas acciones. Mi fe me es dada por Él en función de mi fe presente: «¡Conforme a tu fe te será dado!». Poco importa el pasado; si hoy me decido a creer, a tener confianza, a amar, tengo la certeza de poder contar sobre todo con el amor de Dios. Es lo que le pasó al buen ladrón: «¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!».

Otro punto fundamental en el caminito de Teresa es el amor. «El amor llama al amor» [88] comenta, citando a san Juan de la Cruz. En efecto, el amor estaba presente en filigrana en todas las actitudes que hemos considerado antes (confianza, humildad, abandono...). Es necesario añadir los pequeños actos de amor que elegí como respuesta a una invitación del Espíritu, que atraen activamente la gracia de Dios. Lo importante, como ya he dicho, no es hacer cosas extraordinarias sino llevar a cabo pequeñas cosas que forman el tejido de nuestra vida por amor, por complacer a Dios, por hacer felices a nuestros hermanos y hermanas. Es lo que Teresa llama «arrojar flores». Tenemos derecho a preferir otro lenguaje, pero no hay que dejar de lado esta valiosa realidad.

En este ejercicio de amor, Teresa insiste mucho, sobre todo al final de su vida, sobre el amor fraternal, el amor por los más cercanos, a los que frecuentamos cotidianamente. La forma más segura de amar a Dios es amar a los que nos rodean. Con delicadeza y aceptándoles tal y como son. No tengo tiempo para desarrollar este tema, pero es un punto esencial.

De manera sorprendente, al final de su vida, en 1897, se produjo un redescubrimiento por parte de nuestra santa de *«los misterios profundos de la caridad»* [89]. Escribió: *«Este año, querida Madre, Dios misericordioso me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad; antes la entendía, es cierto, pero de manera imperfecta, no había profundizado en estas palabras de Jesús: El segundo mandamiento es parecido al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo»* [90].

Todavía no había comprendido del todo en qué medida Dios le pedía amar a las personas con quien vivía en su cotidianidad, y la relación intrínseca entre el primer y el segundo mandamiento. Amar a la gente que está lejos, rezar por los misioneros, etc., es relativamente fácil. Amar a los que están cerca es más difícil, y por tanto ¡es ahí cuando finalmente se juzga la verdad de nuestro amor por Dios!

*«Madre amada, meditando estas palabras de Jesús he comprendido lo imperfecto que era mi amor por mis hermanas, he visto que no las amaba como Dios Misericordioso las ama. ¡Ay! Ahora entiendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que se les ve practicar, pero sobre todo he comprendido que la caridad*

*no debe permanecer encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una llama para meterla debajo del celemín, sino que se pone sobre el candelero para que alumbre a TODOS los que están en casa. Me parece que esta llama representa a la caridad que debe iluminar, alegrar, no solamente a los que son más queridos, sino a TODOS los que están en la casa, sin exceptuar a nadie».*

Un aspecto muy típico del «caminito» de Teresa es la manera en que acoge el mandamiento nuevo de la caridad (amar al prójimo como Jesús le ama). Siente de manera muy clara la exigencia de este mandamiento evangélico, cuánto supera sus fuerzas, pero no se desanima por ello. En efecto, más que una mera descripción, entiende este mandamiento de amor como una promesa maravillosa: Jesús da lo que pide, y vendrá a hacer en ella lo que supera sus posibilidades humanas.

*«Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. Y porque querías concederme esta gracia por eso diste un mandamiento nuevo (cf. Jn 13, 34). ¡Oh, cómo amo este mandamiento nuevo, ya que me da la certeza de que tu voluntad es amar tú en mí a todos lo que me mandas amar...!».*

A través de esta confianza Teresa obtendrá la fuerza para dedicarse, sin desanimarse jamás, a amar a las hermanas que el Señor le ha dado para compartir sus días, e intentar procurarles, a todas sin excepción, un «*festín espiritual formado de caridad amable y sonriente*» [\[91\]](#), practicar con

constancia esta atención, esta sutileza de la caridad, sobre todo hacia aquellos por los que no se tiene una simpatía natural, aunque a veces pueda parecer difícil.

Es absolutamente indispensable leer en el manuscrito C las reflexiones de Teresa sobre la caridad, y especialmente todos los ejemplos concretos que incluye. Se trata de los de su vida en el Carmelo, efectivamente, de sus relaciones con las hermanas, las novicias a su cargo, etc. Pero esto puede aplicarse a toda vida familiar, a toda vida en comunidad. Este texto es una mina inagotable de consejos muy justos, concretos, para cualquier persona que quiera aplicarse en amar a su prójimo según el Evangelio.

Algo tanto o más destacable es que, durante este periodo de su vida, Teresa vivió una gran noche interior, no sintió en absoluto la presencia de Dios, y sufrió fuertes tentaciones contra la fe y la esperanza. En cambio se da una especie de florecimiento de la caridad, lo que es bastante sorprendente. Algo parecido a lo sucedido en la vida de Madre Teresa de Calcuta, que vivió (después de las gracias tan grandes del inicio de su vocación al servicio de los pobres) sumida en una gran insensibilidad espiritual. Dios le parecía a menudo lejano, pero es precisamente en la caridad que ella se unió íntimamente a Él, aunque su fe y su esperanza estuvieran inmersas en la noche. Creo que ese es uno de los secretos de la vida espiritual. En los momentos en los que somos pobres, secos, áridos, cuando aflora el sentimiento de que Dios está lejos, practiquemos pequeñas obras de amor, especialmente en el ámbito de la caridad fraternal, y encontraremos la fuerza. Con frecuencia es olvidándose de uno mismo por complacer a los demás como recuperaremos nuestra fuerza interior [\[92\]](#).

No puedo decir nada más al respecto, pues no disponemos de mucho tiempo, y me gustaría comentar un último punto como elemento importante del caminito de Teresa. En otras palabras, en función de la lógica que hemos visto anteriormente, lo que atrae la gracia de Dios, lo que atrae su auxilio a nuestra vida.

Esta actitud es simplemente la gratitud, el reconocimiento. Vamos a leer un texto de Teresa en el que a pesar de su cierto humor contiene una verdad profunda al respecto. El texto no lo encontramos en las obras completas de Teresa, pues se trata de palabras recogidas por su hermana Celina, que en el convento adoptó el nombre de hermana Genoveva de la Santa Faz, la cuarta y la última de las hijas Martín en entrar en el Carmelo de Lisieux, en una obra llamada *Consejos y Recuerdos*.

Ya hemos tratado algunas de las actitudes que atraen la gracia de Dios (humildad, confianza, plegaria, amor...). Teresa evoca otra más de una manera explícita con estas palabras:

*«Lo que más atrae las gracias del buen Dios es el reconocimiento, pues si le agradecemos un favor, se emociona y se afana en hacer otros diez, y si se lo agradecemos incluso con la misma efusión, ¡menuda multiplicación incalculable de gracias! Yo lo he experimentado, ¡probadlo y veréis! Mi gratitud no tiene límites por todo lo que Él me da, y yo se lo demuestro de mil maneras».*

Creo que detrás del lenguaje de Teresa reside una verdad profunda e importante. El hecho de dar las gracias a Dios, de reconocer sus favores, atrae nuevas gracias a nuestra vida. No es que esto haga a Dios más generoso, aunque tengamos

derecho a pensar que Dios, siendo padre, es sensible al reconocimiento de sus niños, y los ama aún más. Lo que es determinante no es el hecho de que nuestra gratitud «cambie» a Dios haciéndole, por así decirlo, más generoso, sino que esto cambia nuestro propio corazón. Purifica nuestro corazón Bienaventurados los puros de corazón, pues verán a Dios. Lo verán en el paraíso efectivamente, pero, desde esta vida, verán los actos de Dios, la fidelidad de Dios.

Anteriormente comenté que algunas de las cosas que purifican el corazón son la fe y la confianza. En los Hechos de los Apóstoles, Pedro habla de los paganos, cuyo «*corazón ha sido purificado por la fe*» [93]; pero otra actitud que purifica considerablemente el corazón es el reconocimiento, que evita estancarse en los desánimos, las tristezas, las introversiones sobre uno mismo, los resentimientos, las insatisfacciones, los descontentos, etc.

Esto es algo fundamental, sin duda uno de los secretos de la vida espiritual. Así como una de las leyes de la felicidad. Cuanto más me encuentro en un ambiente de gratitud, de acción de gracias, más se abre mi corazón a la acción de Dios y puede recibir la vida de Dios, transformarse, crecer. En cambio, si me hundo en el descontento, la insatisfacción permanente, entonces, de una manera insidiosa, mi corazón se cierra a la vida, se cierra al don de Dios.

Sé que no siempre es fácil vivir en acción de gracias, pero es a lo que nos invita la Escritura. «*En cualquier condición vivid en acción de gracias. Es la voluntad de Dios sobre vosotros en Jesucristo*», dijo san Pablo [94]. El apóstol dijo también en otro lugar, con una expresión más breve y más fuerte: «*Vivid en acción de gracias*» [95]. Dicho de otra manera, la acción de gracias no solo es una forma de oración para practicar todos los miércoles en la reunión de grupo

carismática o cada domingo en misa, sino que debe convertirse en un modo de vida. Una elección de vida, una decisión. Esto no siempre es fácil, y cuando pasamos un tiempo de prueba no tiene nada de espontáneo, lo que es comprensible; no siempre podemos estar saltando de alegría y aplaudiendo. No obstante, debemos estar muy atentos a esta llamada de la Escritura. Y, mientras dependa de nosotros, crear un ambiente de acción de gracias. Nunca debemos dejar pasar la ocasión de darle las gracias a Dios, incluso por las pequeñas cosas. Nunca nos olvidemos de ser agradecidos con los demás, puesto que les confortará mucho y nuestra unión con ellos se fortalecerá.

Cuanto más vivamos en un ambiente de gratitud, más abierto estará nuestro corazón y más podremos ser conducidos por Dios. Teresa, que lo comprendió, intentó practicarlo de manera permanente, y lo hizo esforzándose en estar todos los días sonriente.

En el Evangelio encontramos la siguiente frase un tanto misteriosa: *«Porque a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado»* [96].

Podemos interpretarla así: si tú reconoces lo que has recibido, si tú sabes agradecer lo hermoso y lo bueno que ya está presente en tu vida, recibirás todavía más. En cambio si siempre estás descontento e insatisfecho, recibirás cada vez menos. No es culpa de Dios ni de la vida lo que está mal hecho, sino que eres tú quien se encierra inmerso en tu insatisfacción y amargura.

Se trata de una elección de vida. La alternativa entre la insatisfacción y la gratitud no solo es una consecuencia de lo que hemos sufrido, es más profundo, es una llamada a esta parte de libertad de la que siempre disponemos.

Este discurso es importante para el mundo actual. El hombre de hoy tiende a encerrarse en sí mismo por preocupación y miedo, así como a estar insatisfecho; desconozco cómo son las cosas en España, pero puedo decir sin embargo que en Francia esta tendencia es predominante. Nunca estamos satisfechos con la vida, con el gobierno, con los demás, exigimos siempre más, reivindicamos siempre más, acusamos, en lugar de vivir en confianza y con responsabilidad. Y de repente nos encerramos en lo que se convierte en un círculo vicioso: cuanto más descontento estoy menos recibo, y por tanto cada vez estoy más y más insatisfecho, etc. ¡Es un verdadero «agujero negro» que absorbe cualquier luz!

Pienso que hemos dado con una de las leyes profundas de la existencia. Cuanta más confianza tienes en la vida, más agradeces a Dios tu camino y más avanzarás aunque muchas cosas todavía no sean exactamente como tú quisieras. Si das las gracias por lo que ya has recibido, mucho recibirás y verás cómo tu corazón al final se colmará.

Actualmente existe cierta mentalidad que empuja a las personas a adoptar la postura de víctima: Soy un desdichado, no tengo esto, no tengo aquello, he padecido, y es por culpa de los demás... En los EE.UU. el número de abogados ha aumentado estrepitosamente en veinte años. Denunciamos por cualquier cosa. A veces con legitimidad, pero otras con aberración. En Francia desde hace algunos años numerosas personas han tenido hijos con minusvalía; en una mala aceptación de esta situación han presentado una denuncia contra el médico que emitió el diagnóstico prenatal y que no remarcó tal minusvalía. Han presentado acciones legales contra el doctor, alegando que el nacimiento de su hijo con minusvalía era un perjuicio para la familia, siendo él el

responsable... Se pierde la buena dirección, en lugar de acoger la vida tal y como es, contando con que a veces puede ser dolorosa.

Cuando se acepta la vida tal y como viene, con confianza, pasa a ser bella y buena, incluso en sus aspectos difíciles. En cambio, cuando uno está siempre quejándose, reivindicándose, la existencia se hace insufrible. No es culpa de Dios misericordioso, no es culpa de la vida, es nuestra actitud interior que es destructora.

Inversamente, la fe, la esperanza, el amor, la acción de gracias, son los remedios, los antídotos a esta actitud de víctima en la que corremos el riesgo de caer.

La pequeña Teresa se esforzó al máximo por vivir en este ambiente de acción de gracias, y lo transmitió a sus novicias. Redactó estas palabras en un momento en el que ella estaba trastornada: *«Intento tener un aire contento y sobre todo serlo...»* [97]. Escribió a su hermana Leonia: *«La única felicidad que hay en la tierra es esforzarnos por encontrar siempre deliciosa la porción que Jesús nos ofrece»*.

Desde este punto de vista, era efectivamente hija de la gran Teresa, ¡la que dijo temer antes a una hermana disgustada que a una tropa de demonios!

Esto requiere de una fe heroica en determinados momentos, pues es un camino de vida de gran fecundidad; es una excelente ascesis. Si os preguntáis qué penitencia podríais efectuar durante la próxima cuaresma, os digo esto: intentad estar alegres, contentos, y ser agradecidos con Dios en todo momento; nada os hará mayor bien.

Podríamos decir que cuando un corazón habita en la acción de gracias, el mal no ejerce influencia alguna sobre él. Efectivamente, en un corazón agradecido no hay cabida para el rencor, la acusación, la mezquindad, los celos, etc. El

corazón continúa siendo puro y por tanto es capaz de ver la acción de Dios.

## Capítulo 6

# Superar la prueba

Se me ha planteado una cuestión sobre la confianza: en el sufrimiento es difícil mantener la confianza en Dios; Jesús crucificado dijo estas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». ¿Fue una falta de confianza por su parte?

No se trata de una falta de confianza, pues las palabras que pronuncia Jesús son de hecho el principio de un salmo, el salmo 22. Este salmo expresa una gran angustia, y termina con magníficas palabras de esperanza: *«Porque Dios no ha mirado con desdén, ni ha despreciado la miseria del pobre, ni le ha ocultado su rostro, mas, cuando le llamó, le escuchó... Todos los confines de la tierra se acordarán y volverán al Señor; ¡todas las familias de los pueblos se postrarán en su presencia!»*.

Indudablemente Jesús sintió en su humanidad un terrible sentimiento de abandono por parte de Dios. En efecto, quiso que cayeran sobre Él el desamparo de los que se sienten solos y abandonados, quiso conocer y que recayeran sobre Él todos nuestros pecados, pero con la certeza de la intervención de Dios. La confianza de Jesús fue puesta a prueba, pero no la perdió.

De manera análoga, la fe y la confianza de la pequeña Teresa también fueron puestas a prueba, sobre todo durante sus últimos meses de vida. Pero su confianza permaneció intacta. Comprendió esta prueba de sufrimiento explícitamente como una llamada para llegar hasta los

límites de su confianza. «Ellos (sus amigos los santos) quieren ver hasta dónde llega mi confianza...», dijo Teresa pocos días antes de su muerte.

Ahora me gustaría pasar a la segunda etapa de nuestro retiro, que será más corta. Después de referirnos al tema de la confianza de Teresa de Lisieux, quisiera abordar la siguiente cuestión: ¿cómo afrontar la prueba y el sufrimiento en nuestra vida? Aunque para lo que continúa dejaremos de tomar explícitamente a la pequeña Teresa como referencia, creo que seguiremos siendo fieles a su espíritu.

Evidentemente, no tengo una solución mágica para la pregunta planteada más arriba, pero quisiera proponer algunas reflexiones muy sencillas, que pueden ser de ayuda y darnos soluciones.

Lo primero que quisiera decir es: no tengamos miedo. No temamos a la vida, a las dificultades, al sufrimiento. Estas realidades no son precisamente fáciles de afrontar; con frecuencia nos hacen pobres y despojados. Pero forman parte de la vida, hay que aceptarlas, debemos «jugar el juego» con confianza, por así decirlo. «*Todo es gracia*», dijo la pequeña Teresa al final de sus días, todo puede contribuir a nuestro bien, al final todo puede resultar positivo. A santa Juliana de Norwich, mística inglesa de la Edad Media, Jesús le dijo: «*Tú misma lo verás, todo, sea lo que sea, terminará bien... Yo puedo hacer que todo salga bien*» [\*].

A lo largo de nuestra vida, podemos encontrarnos con pruebas de diversa índole: desempleo, problemas de salud, crisis de pareja, luto (una de las pruebas más dolorosas), fracasos... Asimismo, podemos sufrir una depresión, una noche espiritual, crisis en la relación con Dios, en nuestra vocación... En este sentido encontramos una amplia variedad. Por suerte ¡no las experimentamos todas a la vez!

Es obvio que estos tipos de prueba tan diversos deben afrontarse de diferentes maneras. No es lo mismo caer en una depresión que pasar un luto. Es necesario ayudar a cada persona de una manera concreta, en función de su naturaleza y las particularidades de su sufrimiento.

Dicho esto, todas las pruebas tienen puntos en común, y eso es lo que me gustaría destacar, pues podría ayudarnos. La primera reflexión que quiero presentar es que cualquier prueba, sean cuales sean las causas y la naturaleza, es una prueba de fe, o bien una prueba de esperanza, o incluso una prueba de amor. Los tres aspectos en general pero, al mismo tiempo, con especial énfasis en uno u otro.

Toda prueba es una prueba de fe. Si soy creyente y paso por un momento difícil, inevitablemente me planteo esta pregunta, de manera más o menos manifiesta: ¿Cuál es la función de Dios en todo esto? ¿Me quiere realmente, está presente en todas mis vivencias? Ya sea en ocasión de una enfermedad, desempleo u otros, poco importa, nuestra confianza en Dios se pone a prueba. Es cuestionada, y ante esto nosotros, conscientes o no, siempre damos una respuesta.

Podemos dudar de su amor, podemos acusar a Dios de habernos abandonado, podemos sublevarnos contra Él, son cosas que suceden con frecuencia. Sin embargo, y esto es lo bueno y constructivo, podemos percibir este momento de prueba como si fuera una llamada: una llamada a una fe más decidida, más consciente, más adulta.

La pregunta que se nos plantea concretamente (¿qué es lo que hace Dios?, ¿será fiel?, ¿podrá sacar algo bueno de lo que pasa?) no es más que una cuestión de fe. Así pues estamos invitados a responder por una decisión de fe: ¡Creo! ¡Sigo teniendo confianza en Dios! Aunque no vea ni sienta nada,

aunque las apariencias se contradigan, estoy decidido a creer. Creer que Dios será fiel, no me abandonará, y podrá obtener cosas positivas de todo lo que me suceda.

La prueba es dolorosa, misteriosa, llena de facetas escandalosas e inexplicables, pero también puede entenderse como una llamada para llevar a cabo un acto de fe, acto que entonces adquiere un valor considerable. La fe es tanto o más preciada que el oro, dice la Escritura, este oro que se purifica por el fuego.

Toda prueba es también una prueba de esperanza. Esta noción es cercana a lo que acabo de explicar respecto a la fe, aunque podrían añadirse algunos matices importantes. Cuando paso por un mal momento, una de las preguntas que me planteo es la siguiente: en esta travesía de dolor, ¿cuál es mi apoyo?, ¿con qué cuento?, ¿en qué o sobre quién pongo mis esperanzas?, ¿cómo pienso salir de esta? La respuesta que estamos invitados a dar es la siguiente: pues bien, cuento con el Señor, espero su auxilio. Esto no significa que no vaya a usar todos los recursos humanos a mi alcance, sino que, en lo más profundo, me abandono en las manos de Dios, es en Él en quien espero.

Otra forma de plantear la cuestión de la prueba de esperanza es la siguiente: ¿en qué baso mi seguridad? Cuando pasamos por periodos de prueba, nos debilitamos. Nos empobrecemos, perdemos algunas seguridades. Por ejemplo el buen estado físico. O bien aquella persona que era para mí un apoyo, un sostén, de repente desaparece, o me traiciona. De entre todo aquello con lo que yo contaba, mis recursos humanos, económicos, mis apoyos, mis amistades, mi formación, mi competencia, mis diplomas, todo aquello sobre lo que yo me apoyaba habitualmente, de repente siento que hay algo que falta. Me encuentro, pues, sumido en

una gran pobreza, agudizo la percepción de los límites de mis seguridades humanas. Podría, por ejemplo, apoyarme en tal institución, pero me doy cuenta de que es frágil. Había idealizado un poco a mi pareja, o a mi comunidad, y me percaté de que es débil, de que los hombres son iguales en todas partes. A menudo este sentimiento de fragilidad es lo más doloroso de la prueba. Ya no sabemos muy bien en qué apoyarnos, a qué santo encomendarnos... Pero lo peor de todo es que no es posible apoyarse más en sí mismo, puesto que nos descubrimos a nosotros mismos como una persona muy débil. Más de lo que creemos, nos damos cuenta de que somos pecadores, que nuestra paciencia es insuficiente, que tenemos poca fuerza. Constatamos que uno se deja llevar fácilmente por la preocupación, el desánimo, y por todos los demás sentimientos negativos que podamos experimentar en ese momento.

La cuestión se plantea, pues, de una forma más aguda: ¿En qué basas tu seguridad más profunda? Y la respuesta que estamos invitados a dar es la siguiente: Dios es mi última seguridad. Me apoyo solamente en Él..

Nuestra única y verdadera seguridad, y no otra, es la misericordia de Dios que no tiene límites. Dios es infinitamente bueno y fiel, es nuestra única roca, por aplicar el lenguaje tan concreto de la Escritura. El resto, la salud, la formación, los diplomas, los amigos, nuestras fuerzas personales, nuestras virtudes, todo ello nos puede fallar. ¡Debemos ser realistas! Todas estas realidades que acabo de enumerar se entienden como cosas buenas. Disponer de determinadas seguridades económicas y afectivas, amigos incondicionales, un padre espiritual, una buena formación, una experiencia, una comunidad de la que me siento orgulloso de pertenecer y así sucesivamente, todo esto son

cosas valiosas. Es conveniente acogerlas, así como procurárnoslas en la medida de lo posible, pero sin hacer jamás de ellas una seguridad. Pues solamente Dios es una seguridad absoluta. El resto es relativo. Este es el punto fundamental de la prueba de esperanza: experimentar algunas pobrezas, fragilidades en diversos ámbitos (¡no al mismo tiempo, afortunadamente!) precisamente para aprender a encontrar más en Dios la verdadera seguridad. Y Dios no puede abandonarnos jamás. La Escritura lo dice una y otra vez: *«Que se muevan los montes, que tiemblen los collados, no se apartará más de ti mi misericordia y mi alianza de paz será inquebrantable, dice Yahvé, que te ama»* [98].

Esta impresión de inseguridad y de fragilidad que experimentamos con frecuencia cuando estamos a prueba, es desde luego muy desagradable, y puede llegar a generar pánico, pero es también una oportunidad: la llamada para enraizarse más en Dios, para hacer de Dios la roca de nuestra vida, según esta expresión tan frecuente de la Biblia: *«¡Solo Él es mi roca, mi salvación, mi refugio, nunca seré sacudido!»*. Y es esto lo que al final nos dará la libertad verdadera.

En tercer lugar, cualquier prueba es una prueba de amor. Podría ser que la relación con Dios esté en crisis; puede referirse a la relación con el prójimo (la pareja, por ejemplo), pero a menudo se refiere también a la relación consigo mismo, al propio amor, que está en crisis.

En ocasiones, por ejemplo, podemos no sentir demasiada devoción por la plegaria. Cuál es el sentido de la prueba: seguir rezando igualmente, pues no se reza solo por placer, por sentir una satisfacción, sino sobre todo para complacer a Dios. Cuando con ello obtengamos mucho placer, tanto mejor, pero cuando la oración sea difícil debemos continuar

igualmente. Así se purifica el amor de Dios, haciéndose más libre, más desinteresado, más auténtico, y no solo una búsqueda egoísta de uno mismo. Las cosas son parecidas en lo que a la relación con el prójimo se refiere: tú quieres a tu mujer cuando es joven, bonita, amable, agradable y responde a todas tus expectativas. Ahora que te has dado cuenta de que a veces su carácter es difícil, y que ya tiene algunas arrugas, ¿la sigues queriendo? ¿La amas por ti mismo, o es amor verdadero, un amor que consiste en querer el bien del otro, y no solo buscar la satisfacción propia?

A este tipo de prueba nos enfrentamos permanentemente, cuando nos encontramos frente a la exigencia de amar al otro tal y como es, de amarlo gratuitamente, perdonar, etc.

En ocasiones el amor por uno mismo es cuestionable. Hemos hablado de ello anteriormente: te quieres a ti mismo cuando estás satisfecho contigo mismo, cuando todo va bien, pero ahora que ves tu pobreza, tu pecado, ¡empiezas a odiarte! No, acéptate con tus debilidades y tus limitaciones...

Podríamos enumerar infinidad de situaciones diferentes que revelan que en toda prueba hay también cierta purificación del amor, del amor de Dios, del amor propio, del amor al prójimo. No es que el amor se destruya, sino que se vuelve más profundo, más verdadero, más evangélico, y finalmente más alegre. No hay que temer a las crisis. Pero lo que sí es terrible hoy en día es que, por ejemplo, cuando una pareja atraviesa una crisis, se separa y buscan otra pareja, cuando probablemente esta crisis sea ciertamente la ocasión para asentar la relación, y redirigir las cosas para un amor más verdadero. Cualquier crisis es una oportunidad para crecer, una invitación para llevar a cabo un trabajo determinado sobre uno mismo.

A consecuencia de estas reflexiones, diría que en toda prueba es fundamental preguntarse a uno mismo: ¿qué acto de fe estoy invitado a plantear ante la situación que estoy atravesando? ¿Qué actitud de esperanza estoy llamado a vivir? ¿Y qué tipo de cambio en cuanto al amor estoy invitado a llevar a cabo para un amor más verdadero, más puro?

Cuando una persona se plantea sinceramente esta pregunta, siempre tendrá respuesta. Descubrirá como una llamada de Dios en el corazón de su prueba, y esto es lo que dará sentido a la misma. Lo que permite superar la prueba no es disponer de una varita mágica que pueda resolverlo todo, sino descubrir qué llamada nos ha sido enviada, qué combate se nos ha propuesto. Entendiendo esta llamada y dándole respuesta, encontramos una fuerza nueva que nos permite superar la prueba y hacer que al final sea positiva. Cualquier dificultad puede convertirse en un camino de vida, porque Cristo resucitó de entre los muertos, porque está presente en todas partes, porque deposita semillas de vida nueva en todas las situaciones. Incluso en las que parecen más negativas, más desesperantes, Dios está presente.

Basándonos en este principio, preguntémonos qué necesitamos en la práctica para que «esto funcione», por así decirlo. ¿Cuáles son las actitudes necesarias para que efectivamente podamos avanzar de manera positiva en la prueba?

En primer lugar, debemos aceptar el reto. Si me rebelo, y rechazo la situación en la que me encuentro, no podré avanzar. Debo decir sí. Esto puede llevar un tiempo, es normal. En ocasiones se necesitan años para superar un luto, una enfermedad grave. No obstante, hay que tomar el camino de la aceptación, que no es el del fatalismo, ni la

resignación, sino el consentimiento, la aceptación, porque pongo mi confianza en Dios, y por consiguiente deposito mi confianza en la vida.

Después, aunque no se trate obligatoriamente de un orden cronológico riguroso, es necesario hacerse las preguntas correctas.

Cuando nos encontramos en un periodo de crisis nos surgen mil preguntas: ¿Por qué? ¿Por qué esta prueba es para mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Qué errores he cometido? A veces hemos oído a gente decir: ¡qué le habré hecho yo a Dios todopoderoso para merecer este sufrimiento! ¿Qué explicación hay para todo lo que me sucede? ¿Por qué razón? ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Cuáles son las mejores soluciones para terminar con esto lo antes posible? ¿Es normal pasar por situaciones como esta? Por ejemplo, alguien que ha sido siempre fiel a Dios, ¿es normal que caiga en una depresión? Otra pregunta también muy frecuente es: ¿Quién es el culpable? ¿He sido yo, o son los demás? ¿De quién es la culpa?

Nos planteamos pues muchísimas preguntas, a menudo dolorosas y angustiosas. Es inevitable. No obstante, es necesario prestar atención a nuestra actitud frente a todas estas dudas.

Concretamente cuando se trata de la pregunta: ¿quién es el culpable de lo que me está pasando? Efectivamente, todos contamos con mecanismos psicológicos «básicos», que reaccionan muy rápido frente a esto, y de una manera bastante peligrosa. Cuando sufrimos no queremos, es obvio, es lo lógico; queremos liberarnos rápidamente; es necesario pues identificar el origen. Nos imaginamos fácilmente que, una vez detectada la causa, tendremos la solución para eliminar el sufrimiento. La consecuencia es que toda persona

que sufre está al acecho de los culpables de su sufrimiento. De manera muy fácil, ese sufrimiento se transforma así en acusación. Acusamos a Dios, acusamos a la vida, acusamos a los demás, a veces incluso nos acusamos a nosotros mismos, dejándonos llevar por la terrible culpabilidad, que no tiene razón de ser.

Debemos estar muy atentos al respecto. En cuanto al sufrimiento, lo normal es buscar las causas y los remedios, pero esforzándonos por mantener nuestro corazón puro. En otras palabras, no transformemos nuestro sufrimiento en acusación y en la búsqueda de chivos expiatorios. Es una tentación constante de la vida social. Y cuando no los encontramos, ¡los fabricamos! Como Hitler, que usó a los judíos como chivo expiatorio de todos los problemas de Alemania. No seamos ingenuos, actualmente estamos sometidos a las mismas tentaciones. Una sociedad en crisis siempre buscará identificar a un grupo de personas para acusarlas de sus problemas.

En el ámbito de nuestra vida personal, en todo caso, prestemos atención a este punto, estemos atentos para que el sufrimiento no se convierta en amargura, acusación, reproches permanentes dirigidos contra unos y otros... Es lo habitual, pero no resuelve nada.

Otra observación sobre las miles de preguntas que nos asaltan durante el periodo de prueba, de las cuales he intentado antes enumerar las principales, es que son preguntas legítimas; a veces tienen respuesta. Por ejemplo cuando se da que podemos identificar fácilmente la causa de un sufrimiento, o bien encontrar al responsable de un problema, hallando así el remedio de la situación.

Pero debemos entender lo siguiente: no siempre tienen respuesta todas las preguntas que he enumerado, inclusive

las legítimas. Y, sobre todo, a menudo podemos llegar a encerrarnos en ellas. Podemos darles vueltas y vueltas a estas preguntas a modo de círculo vicioso. Como ejemplo, vamos a la pregunta «¿por qué?». La mayoría de las veces hay que admitir que no tiene respuesta... ¿Por qué me toca a mí? No hay respuesta, por lo menos respuesta inmediata. Quizás dentro de diez o veinte años lo entenderás, pero hoy por hoy no puedes obtener respuesta. Te arriesgas, pues, a encerrarte en la necesidad de respuesta: querer absolutamente una explicación que realmente no existe. En la vida, no todo se presta a explicaciones según nuestra categoría humana... Y cuanto más exigimos, menos encontramos, y entonces más nos frustramos, más nos amargamos y más acusamos... A veces vemos a personas que se encierran de esta forma en una especie de círculo vicioso...

Análogamente, también podemos dar vueltas y vueltas en una especie de búsqueda indefinida de culpables de las desgracias propias. Algunas situaciones de sufrimiento son demasiado complejas y están demasiado mezcladas como para que podamos identificar claramente al verdadero responsable. Se necesita sabiduría para admitirlo.

Entonces, vayamos claramente al espíritu: las preguntas comentadas anteriormente son normales, pero no siempre tienen una respuesta clara, y uno puede encerrarse en ellas por completo. Cuando nos demos cuenta de que esto está a punto de ocurrir, que damos vueltas en círculo sin avanzar, que nuestras preguntas no arrojan ninguna luz sino que más bien terminan creando amarguras y acusaciones, debemos pues tener el valor para hacer lo siguiente: dejar a un lado todas estas preguntas y plantearnos otra cuestión, la única cuestión esencial a fin de cuentas, la que, en cambio, siempre

tendrá respuesta: ¿qué actitud espera Dios de mí frente a esta circunstancia?

Esencialmente se trata, por así decirlo, de pasar del «¿por qué?» al «¿cómo?». La verdadera cuestión no es «¿por qué me pasa esto a mí?» sino «¿cómo debo vivir lo que me pasa?». ¿De qué manera debo afrontar esta situación? ¿Cuál es la llamada para crecer que se me dirige a través de esta situación? Esta pregunta siempre obtendrá respuesta...

Antes de continuar, quisiera hacer un breve inciso. Cuando vivimos un momento difícil querríamos tener explicación a todo lo que nos ocurre. Esta búsqueda de explicaciones no siempre es tan pura como pudiera parecer. Por supuesto, tiene un componente lo bastante legítimo: buscar la verdad, buscar las soluciones a nuestros problemas, etc. Pero también se entremezclan con frecuencia motivos que no son totalmente justos. A veces queremos tener una respuesta imperativa con el fin de calmarnos, tranquilizarnos. En otras palabras, basamos nuestra seguridad en las respuestas que nuestra inteligencia es capaz de recibir, en nuestra capacidad de comprender las situaciones. Ahora bien, esto no es nuestra verdadera seguridad, Dios lo es. El hecho de saberlo todo y entenderlo todo no nos salvará. Esta es una ilusión bastante común, pero el conocimiento no salva, sino la fe y la confianza. A veces también buscamos respuestas por simple curiosidad, a veces hasta para encontrar culpables a los que acusar y sobre quienes descargarlos de nuestra parte de responsabilidad...

Todo esto para decir que es conveniente y necesario plantearse cuestiones, ¡pero a veces también es necesario plantearse cuál es el verdadero sentido de nuestras preguntas! En la existencia humana, a veces se hace

absolutamente necesario aceptar abrirse camino sin entender. La purificación y el perfeccionamiento de nuestra inteligencia, de nuestra percepción de lo real, tiene ese precio. Hay etapas de la vida en las que estoy llamado a creer, aunque no lo entienda. «*¡Bienaventurados los que sin ver creen!*».

Me atrevo a añadir lo siguiente: las únicas verdaderas cuestiones de nuestra vida son en definitiva aquellas cuya respuesta nos lleva a dar el paso de cambio personal, de progreso en nuestro amor. Así lo constatamos hoy, en un mundo inmerso en los medios de comunicación: a veces nos invade el sentimiento de que ¡cuanta más información recibe la gente, menos respuestas encuentran a sus preguntas más verdaderas!

En el mismo sentido, me permito exponer un consejo práctico. Cuando nos preocupa una pregunta cuya respuesta no encontramos, planteémonos lo siguiente: ¿necesito realmente la respuesta a esta pregunta para saber lo que voy a vivir hoy? Nos daremos cuenta de que, la mayoría de las veces, no la necesitamos. Así pues, por el momento podemos dejar este tema a un lado, nos hará la vida más fácil. Estoy totalmente convencido de que aquellas cuestiones cuya respuesta es necesaria para cumplir hoy su voluntad, Dios siempre las responde.

Retomando el tema: en ocasiones nos obsesionamos con darle vueltas a las preguntas que he comentado anteriormente. Entonces, implementar una especie de «*revolución copernicana*», de cambio interior, se hace necesario. En lugar de intentar obtener todas las respuestas que desearía, aceptar una parte de oscuridad, y hacerme la pregunta correcta. Aceptar la situación tal y como es, sin querer entenderla por completo, y plantearme: ¿está Dios

pendiente de mí? ¿Cuál es la manera concreta de vivir las cosas? ¿Cuál es la página del Evangelio que la situación me obliga a practicar ahora? ¿Qué actos de fe, de esperanza, y progresos en el amor estoy llamado hoy a hacer? ¿Cuál es el bien que puede ser cumplido en esta circunstancia y que depende de mí? Sin preocuparme por lo que los demás deberían hacer o lo que tendrían que hacer, preguntarme por mi única responsabilidad: ¿cuál es el bien que depende de mí y que hoy puedo cumplir, que nadie podría hacer en mi lugar? Todo lo que acabo de explicar es de hecho la misma pregunta, pero formulada desde varios puntos de vista algo distintos que pueden facilitar la percepción de una respuesta. Pues, como ya he dicho antes, esta pregunta siempre tiene respuesta. Incluso en la peor de las situaciones, la más trágica de las injusticias, podemos descubrir un bien para llevarlo a cabo, un progreso personal para gestionar, y esto es lo único que cuenta en definitiva.

Lo que es muy alentador es que cuando una persona acepta la situación de prueba en la que se encuentra, olvida las preguntas cerradas (o al menos las deja en «stand by»), y se centra en la pregunta principal: ¿qué bien estoy llamado a cumplir personalmente?, tarde o temprano tendremos una respuesta. Una luz se aproxima poco a poco.

Una condición muy importante para que surja dicha luz es vivir el momento presente. No exigir respuestas definitivas, a largo plazo, sino aceptar que la luz se dé a veces «solo por hoy» (es el estribillo de una poesía de Teresa). Si exigimos respuestas a largo plazo, no siempre las obtendremos... Debemos aceptar vivir un día tras otro, dar un paso cada vez, sin saber imperativamente cuál será el siguiente.

Aceptar el desarrollo que acabo de describir con fines extremadamente beneficiosos. En primer lugar, esto

devuelve el sentido de lo que vive la persona. Antes tenía el sentimiento de que todo era absurdo, caótico, ahora siento una llamada a la que puedo responder, puedo llevar a cabo acciones, elecciones, puedo progresar, las cosas empiezan a tener sentido. Esto podría ser solo por ahora y no para los próximos cincuenta años, pero poco importa. Un día tras otro comprendo la dirección que debo tomar, la llamada a la que debo responder. Mi vida vuelve a tener sentido, una orientación, y vuelvo a estar en paz, así como a tener cierta confianza en el futuro.

Otra experiencia muy beneficiosa es que esto me hace pasar de una actitud de víctima a una actitud responsable. Dejo de acusar a los demás, de buscar a los culpables de mis desgracias, tomo las riendas de mi vida, asumo mi responsabilidad, llevo a cabo ese bien que depende de mí.

Paralelamente, recobro la fuerza interior. Por dos motivos. Por una razón psicológica y por una razón espiritual. En el terreno psicológico, recobro la fuerza porque sé dónde centrar mis esfuerzos. Antes me dispersaba en mil preguntas, me agotaba, no sabía por dónde empezar, pero ahora sé lo que tengo que hacer. Pues concentro mis energías. Y sobre todo, y esta es la razón espiritual, cada vez que respondemos a una llamada recibimos una gracia, nos fortalecemos interiormente. Porque Dios es fiel: si me pide que dé uno u otro paso adelante, viene a socorrer mi debilidad. Sigo siendo pequeño y frágil, pero recibo cierta valentía que me permite seguir adelante. Dios apoya mis pasos.

Asimismo añadiría que recuperamos la autoestima, cierta confianza en uno mismo. Antes, yo era de esas personas que se pasaba el tiempo lamentándose, ahora soy de los que ha tomado las riendas de su vida, y esto me reconcilia conmigo

mismo. Sabemos que no hay nada más destructivo para la autoestima que permanecer en actitud de víctima. En cuanto a esto, me refiero efectivamente a una falsa posición de víctima, la de la persona que se estanca en los lamentos y acusaciones, en lugar de asumir sus responsabilidades. A veces hay personas que sí son realmente víctimas de determinadas injusticias, y es totalmente beneficioso que se les pueda explicar. Por ejemplo, un niño que ha sufrido abusos sexuales, y que se siente culpable porque no está en condiciones de valorar las responsabilidades como son, es necesario poder decirle: no eres culpable, eres una víctima. Esto le libera. Es una forma justa de ser víctima. Pero existen numerosas formas falsas de considerarse una víctima.

El desarrollo del que he hecho mención (aceptación de la situación de sufrimiento, cambio de perspectiva de la problemática, consentimiento para dar solo un paso a la vez, luego el surgimiento progresivo de una respuesta), requiere valor, pero al final es muy positivo.

Este proceso precisa su tiempo, podemos desarrollarlo relativamente rápido, pero necesita paciencia. Paciencia con los demás y con uno mismo. Cuando alguien sufre, no hay que decirle: tienes que hacer esto o aquello. Hay que ser extremadamente considerado en el acompañamiento. Por ejemplo, para que la persona simplemente pueda aceptar su situación, se necesita a veces algún tiempo; es necesario ayudarle a avanzar en este sentido, mas sabiendo que grano no hace granero aunque ayuda al compañero. Hay que acompañar a la persona tras sus pasos, a su ritmo. Ayudarla a no encerrarse en su dolor, sus angustias, sus miedos, sus falsas dudas, invitándola a la confianza. Pues ella misma verá el momento en el que podrá decir sí. No puedo decir que sí en su lugar, ni obligarla a decirlo; si el momento no ha

llegado, su corazón no estará abierto a la esperanza. Esto requiere comprensión y sutileza para dejar que las emociones tengan su tiempo para expresarse y tranquilizarse, y no querer ir más rápido que el Espíritu Santo. Sin embargo, todo esto que acabo de decir son puntos de referencia sobre el camino a seguir, primero sobre uno mismo, y también para acompañar a los demás.

En conclusión, frente a la prueba no debemos tener miedo. Aceptemos las cosas tal y como son, aunque no sean en absoluto como las habíamos previsto desarrollar en nuestras vidas. Intentemos percibir en el corazón de esta prueba las llamadas que nos han sido dirigidas, los cambios que se nos han propuesto, y recibiremos la gracia para vivirlas. Es esta actitud la que termina por convertir las cosas en positivas y permite que podamos crecer en cualquier circunstancia.

He dado una especie de reglas, de principios generales; pero efectivamente falta ver a continuación cómo aplicarlas en cada caso concreto. Opino que es positivo tenerlas en cuenta, ya que pueden ser muy liberadoras.

El paso que propongo no se obtiene por arte de magia, implica un trabajo en sí mismo, y es en este sentido en el que debemos avanzar, y creo que la pequeña Teresa estaría más que de acuerdo con lo que acabo de compartir con vosotros. Ella fue puesta a prueba muchas veces en su vida, y siempre supo recibir e intentar comprender lo que Dios le pedía a través de cada prueba.

Al final de la vida de Teresa encontramos un ejemplo muy hermoso. Durante aproximadamente un año y medio, hasta su muerte, vivió en las tinieblas más profundas. Siempre tuvo mucha alegría al pensar en el cielo, en un futuro feliz, en creer en Jesús. Pero a partir de un momento concreto

(Pascua de 1896), todo se volvió muy difícil y muy oscuro para ella. *«Jesús permitió que mi alma fuera invadida por las tinieblas más espesas y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, no fuera sino un motivo de lucha y de tormento...»* [99]. Teresa nunca perdió la fe, aunque la fe se convirtiera en una lucha dolorosa para ella. Decía: *«Cuando (en mis poesías) canto la felicidad del cielo... no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que “quiero creer”»* [100]. Escribió el Credo con su sangre y lo llevaba siempre consigo. Se había sentido apresada por pensamientos de duda, por tentaciones del género: Dios no existe, todo aquello en lo que has creído y que ha sido tu alegría es una mera ilusión, cuando mueras todo se reducirá a la nada, la ciencia lo explicará todo, etc. Esto significó una lucha muy dolorosa para ella, ¡pero luchó! Lo más apasionante es el sentido de esta prueba para Teresa. La acogió como una purificación de lo que había habido de demasiado natural en su deseo del cielo [101] y, sobre todo, como una invitación a la plegaria por los ateos. Vivió en un tiempo en el que vio nacer un ateísmo triunfalista, fuerte y firme. Muchos pensaban que efectivamente esto representaría el final de la religión, y que a partir de entonces se tendría que dejar paso a la ciencia que daría sentido a todo; habría dado respuesta a todo, el progreso de la ciencia es quien a partir de entonces habría asegurado le felicidad de la humanidad... Todas esas grandes ilusiones del ateísmo de finales del siglo XIX. Teresa presintió que había sido llamada para ofrecer sus sufrimientos a todos los sin fe. Dijo: *«Tu hija te pide perdón para sus hermanos y se resigna a comer, por el tiempo que lo tengas a bien, el pan del dolor y no quiere levantarse de esta mesa llena de amargura, donde comen los pobres pecadores hasta que llegue el día por ti señalado. (...) Que todos los que*

*no están iluminados por la antorcha de la fe, la vean por fin brillar...».* Unos años antes, en una de sus cartas a Celina, dijo, hablando de sus insensibilidades y oscuridades en la oración: «*¡Que mis tinieblas sirvan para iluminar las almas!*» [102]. Acepto estar en las tinieblas, tengo fe, me basta. No necesito pruebas, no necesito éxtasis, con la fe me basta; este «*subterráneo tan oscuro*» [103] en el que me encuentro inmersa, lo acepto pidiéndole a Dios que ilumine a otras personas, a las que no tienen la gracia de la fe o la rechazan.

Cualquier prueba puede tener sentido. Sin embargo, no podemos inventarlo a priori, ni en ningún caso obtenerlo de manera artificial del exterior. A veces hacemos interpretaciones demasiado rápidas, demasiado superficiales, que no ayudan para nada a las personas, diciéndoles: si tú vives esta prueba es que Dios quiere decir esto o pide que hagas aquello... Encontramos un ejemplo en el libro de Job; éste pasa por una prueba terrible, lo ha perdido todo, y sus amigos van a hablar con él con la intención de ayudarle, pero paradójicamente sucede todo lo contrario. Le someten a un tipo de discurso como este: si tienes esta prueba es que has debido cometer un pecado en alguna parte, seguramente has fallado en algo de tu vida, busca bien... Y Job rechaza esta interpretación, y tiene razón para hacerlo. Seamos pues muy prudentes en cuanto a nuestros «esquemas interpretativos», ¡sobre todo si parecen muy espirituales! De lo contrario nos ocurrirá como a los amigos de Job, quienes, creyendo dar buenos consejos a las personas, las desanimaban aún más.

Así pues, hay que olvidarse de las respuestas estereotipadas, basadas en las grandes teorías que creemos espirituales, pues debemos ayudar a la persona para que encuentre por sí misma la llamada concreta de Dios, el

camino que se abre ante sus ojos. El sentido de una prueba jamás es una explicación general de la situación. Es un camino que se despeja poco a poco, paso a paso. Hay que ayudar a la persona a «limpiar el terreno», a no encerrarse en sus angustias, sus acusaciones, etc., y a descubrir por sí misma cómo avanzar, qué elección de vida hacer. Esto no siempre es fácil. En alguna ocasión me ha llegado a suceder el estar horas hablando con una persona desesperada, sin llegar a convencerla para que encuentre un atisbo de esperanza en su situación. Debemos aceptar esta impotencia. A veces lo único que podemos hacer por una persona es rezar, guardar silencio, tener confianza en ella. No siempre tendremos argumentos para convencer al otro, ni la luz para iluminarle, siendo a veces también necesario aceptarnos pobres como somos, y dejar que sea la persona quien haga su camino.

Quisiera añadir algo. Si Dios permite las pruebas en nuestra vida creo que es, asimismo, para ayudarnos a comprender mejor a los demás y encontrar las palabras más adecuadas para ayudarles. No es exponiendo una teoría fabricada por nosotros, sino con la actitud y la palabra justas como daremos apoyo y consuelo. Si verdaderamente pretendemos dar consuelo y ánimo a los demás, debemos aceptar que nosotros mismos pasemos de vez en cuando por momentos difíciles, para comprender las cosas interiormente, y no solo de manera abstracta.

Aquí es cuando abordamos cuestiones obviamente complejas, que efectivamente requerirían más tiempo. No obstante, espero que lo que acabo de decir pueda servir de ayuda.

En cualquier caso, nunca perdamos la confianza. Anteriormente dije que la pregunta correcta durante el

periodo de prueba, la que nos permite avanzar realmente, es: «¿a qué acto de fe he sido llamado, qué actitud de confianza he sido llamado a vivir, qué conversión de amor debo llevar a cabo?». El orden de las palabras de esta pregunta es importante: hay que empezar por la fe y la confianza. En efecto, si aplico la fe y la confianza también dispondré de la luz para percibir y llevar a cabo la conversión de amor para la que he sido llamado. Mientras tengamos fe y confianza podremos comprender el camino. Pero si perdemos la confianza y la fe todo se volverá oscuro, perderemos cualquier clarividencia, y toda capacidad de discernimiento. Lo que al fin y al cabo significa la lucha fundamental, es perseverar en la fe y la confianza, o restablecerlas, y entonces de este modo podremos percibir qué progreso es posible en el amor. Debemos respetar este orden, por así decirlo.

Vamos a rogar al Señor, mediante la Eucaristía que ahora celebraremos, que nos ayude a vivir con este coraje de la fe, a guardar un atisbo de esperanza sobre uno mismo, sobre el mundo, sobre la Iglesia. Guardando o reencontrando este atisbo de esperanza podremos ayudar de manera efectiva a las personas que el Señor ponga en nuestro camino. Roguemos también al Señor que purifique nuestro amor, para hacerlo más verdadero, más profundo, más libre, y más feliz al fin y al cabo.

Lo que propongo es un camino exigente, un camino de responsabilidad, que nos exige ser adultos en el ámbito espiritual. Es un camino de vida y alegría.

## Notas

[1] LT 226 1vº.

[2] Teresa utiliza también la expresión: «Camino de la confianza sencilla amorosa» (LT 261).

[3] Ver final del Ms B.

[4] CJ 17 de julio de 1897.

[5] Lc 10, 21.

[6] Ms C, 3rº.

[7] Rm 8, 26.

[8] Es, junto con Teresa de Ávila y Catalina de Siena, la tercera mujer doctora de la Iglesia, y la más joven.

[\*] El autor se refiere al primer fin de semana de octubre de 2010.

[9] Los padres de Teresa, Luis y Celia Martín, fueron beatificados el 19 de octubre de 2008. Tuvieron nueve hijos, de los cuales cuatro fallecieron a edad temprana. Solo les quedaron las hijas, siendo Teresa la última de ellas. Cuatro ingresaron en el Carmelo de Lisieux (Paulina, María, Teresa, Celina), y Leonia en la Visitación de Caen.

[10] Homilía del 2 de junio de 1980 en Lisieux.

[\*\*] Se refiere el autor al sábado 2 de octubre de 2010.

[11] Cf. Mt 18, 3.

[12] Ver la carta a P. Roulland LT 226: «A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro, que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón, y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces, todo me parece luminoso, una sola palabra abre a

mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil, veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios. Dejando para las grandes almas y para los espíritus elevados esos brillantes libros que yo no puedo comprender y menos aún poner en práctica, me alegro de ser pequeña, pues solo los niños y los que se hacen como ellos serán admitidos al banquete celestial».

[13] CJ 17 julio 1897.

[14] LT 261.

[15] Ms C, 2v<sup>o</sup>.

[16] Mt 5, 48.

[17] Ms A, 44v<sup>o</sup>.

[18] Ms A, 46v<sup>o</sup>.

[19] Ms A, 44v<sup>o</sup>.

[20] Teresa cuenta una anécdota dolorosa de cuando era muy pequeña y rezaba esta oración con su hermana Victoria en un altarcito que preparaba en su casa (Ms A, 15v<sup>o</sup>).

[21] *«Él me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, y que, como representante suyo, me decía de su parte que Dios estaba muy contento de mí»*. Teresa se refiere a una confesión durante un retiro espiritual con el P. Alejo (Ms A, 80v<sup>o</sup>).

[22] Ef 2, 18.

[23] Ms A, 80v<sup>o</sup>.

[24] Ms A, 56r<sup>o</sup>.

[25] Lc 24, 45.

[26] Ms A, 83v<sup>o</sup>.

[27] Mt 23, 12.

[28] Juliana de Norwich, una mística inglesa de la Edad Media, no duda en hablar de «Jesús nuestra amable madre» (*Libro de las Revelaciones*, ch. 60).

[29] Mt 18, 3.

[30] Ver las parábolas sobre la misteriosa cruzada del Reino, cf. Mt 13, 31, Mc 4, 31 y Lc 17, 6.

[31] *«Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y liga. Dichosa el alma que ama, pues tiene a Dios por prisionero, rendido a todo lo que ella quisiere. Porque tiene tal condición, que, si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren»* (*Cántico Espiritual B*, estrofa 32, 1).

[32] 1 P 5, 5 y St 4, 6.

[33] Fil 4, 6.

[34] Ms C, 22r<sup>o</sup>.

[35] Mt 5, 3.

[36] Lc 18, 11-12.

[37] Cf. 2 Cor 12, 7-10.

[38] Cf. 1 Cor 2, 3: «Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso».

[39] Nota del Editor: El P. J. Philippe hace referencia a la misa que celebró tras impartir la segunda charla de su retiro en la parroquia de Santa María de Caná en Pozuelo, el 2 de octubre de 2010.

[40] Heb 12, 4.

[41] Ms C, 15r<sup>o</sup>.

[42] CJ 29 de julio.

[43] Ms A, 10v<sup>o</sup>.

[44] 1 Cor 13, 2.

[45] Ms B, 3v<sup>o</sup>.

[46] *Cántico Espiritual*, canción 29, 2.

[47] Teresa utiliza el tratamiento de usted con su hermana, como era habitual en el Carmelo. Me he permitido aplicar el tuteo...

[48] LT 197.

[49] LT 92.

[50] *Noche oscura*, cap. 21, 8.

[51] Rm 8, 28.

[52] LT 226.

[53] LT 101.

[54] Salmo 27, 1.

[55] Mt 28, 20.

[56] Lc 10, 21-22.

[57] *Dichos de luz y amor*. Prólogo, nº 1.

[58] La infancia es una gracia mariana. En su hermoso poema sobre la Virgen, Teresa escribió este versículo: «Imitándote a ti, permanecer pequeña es mi deseo» (PN 44).

[59] Ex 3, 2-12.

[60] Joel 3, 1.

[61] Habacuc 2, 14.

[62] Rm 8, 31.

[63] Rm 5, 6.

[64] Instituto Notre Dame de Vie, de espiritualidad carmelita.

[65] Lc 18, 1.

[66] *Libro de la vida*, cap. 8, 5.

[67] Ms C, 24vº.

[68] Ms A, 83vº.

[69] Mt 10, 16.

[70] PN 24, 3.

[71] Mt 10, 17.

[72] Mt 10, 26.

[73] Lc 10, 19.

[74] LT 197.

[75] Teresa lo subraya en la carta a Celina del 7 de julio de 1894.

[76] LT 258.

[77] LT 258, 2vº.

[78] Teresa evoca varias veces esta idea de la confianza atrayente que va hasta la audacia... (Ms C, 36vº).

[79] Lc 18, 13.

[80] Jr 31, 34.

[81] Is 38, 18.

[82] LT 247, 2rº.

[83] Ez 36, 25.

[84] Ms C, 36vº.

[85] Dicho recogido por la madre Inés el 11 de julio de 1897.

[86] Ms A, 83rº.

[87] Ms B 9, 1rº.

[88] Ms C, 35rº.

[89] Ms C, 18vº.

[90] Ms C, 11vº.

[91] En el momento de su gracia en Nochebuena, Teresa dijo: «*Sentí que entraba en mi corazón la caridad, la necesidad de olvidarme de mí misma por complacer a los demás, y desde entonces soy feliz*» (Ms A, 45vº).

[92] 1 Te 5, 12-22.

[93] Hech 15, 9.

[94] 1 Te 5, 16.

[95] 1 Tim 2, 1.

[96] Lc 19, 26.

[97] Dicho recogido por su hermana Celina el 6 de septiembre de 1897.

[\*] Nota del editor. Juliana de Norwich (1342-1416), *El Libro de las Revelaciones*, c. 32. Está considerada como una de las mejores teólogas inglesas, junto con el Cardenal Newman.

[98] Is 54, 10.

[99] Ver Ms C, 5v<sup>o</sup>.

[100] Ms C, 7v<sup>o</sup>.

[101] «Quita todo lo que de satisfacción natural pudiera haber en el deseo que tengo del cielo» (Ms C, 7v<sup>o</sup>).

[102] LT 112, septiembre de 1890.

[103] LT 112.